

Año XXXII.

Madrid, Jueves 19 de Septiembre de 1912.

Núm. 38.

La lámina de hoy

Aunque en la historia del carlismo no figura se más hecho ni fama que el siguiente, bastaría para execrarlo, maldecirlo y procurar exterminarlo.

Cabrera, gracias á los numerosos espías que tenía en todas partes (lo eran todos ó la mayoría de los curas rurales), había sorprendido en el Pla de Pou á mil doscientos infantes y un escuadrón de lanceros, logrando tras breve combate apoderarse de casi todos, pues fueron muy pocos los que pudieron escapar, marchando luego á Burjasot con los prisioneros, y allí, mientras celebraba un festín con los suyos, ordenó fusilar á los oficiales y sargentos.

Y aquí dejo la palabra á D. Vicente Lamana, en su biografía de Cabrera, impresa en Madrid el año 1842, página 49:

«Mandó Cabrera, ebrio de placer y de sangre, disponer un festín de triunfo sobre una esplanada fuera de los muros de Burjasot, que domina la vista de aquellas amenas playas. Allí, bajo aquel hermoso cielo, rodeado de su estado mayor y á la vista de sus tropas, se entregó á las delicias de un banquete espléndido y regalado. La tosca música de sus batallones acompañaba los brindis de aquella orgía, y los alaridos sangrientos de la soldadesca embriagada formaban el coro de aquella fiesta de sangre. Diose la voz de fuego, sonó la descarga, y entre el estampido de los fusilazos y entre los gemidos de los moribundos, resonaban en infernal armonía los brindis facciosos, el estruendo de las botellas, las libaciones impuras y las báquicas canciones de aquellos tigres. La sangre corría á sus pies, mientras el vino saltaba en sus copas.»

Y por si todavía esa descripción no bastase, léase la que hizo D. Dámaso Calvo y Rochina de Castro, en su *Historia de Cabrera y de la Guerra civil en Aragón, Valencia y Murcia*, pag. 282, impresa en Madrid, autor que, si de algo peca, es de admiración excesiva por el asesino de Burjasot:

«La pluma se resiste á estampar en estas páginas los tristes efectos de una exasperación la más atroz é inhumana que pueda causar el furor de las pasiones en toda guerra civil. Aunque quisiésemos echar un opaco velo sobre aquel acontecimiento, nos sería imposible po-

rrar de la memoria de los españoles tan horrorosa catástrofe.

Fuera del pueblo de Burjasot, distante tres cuartos de hora de Valencia, en una pequeña colina que domina casi todo el llano que riega el Guadalaviar, hay un terraplen de figura cuadrada, cuyo suelo está completamente minado, formando profundos silos que sirven para depositar los granos. En aquel elevado sitio, y bajo el mas hermoso cielo, iba á representarse una lúgubre escena, que servirá de horror á las futuras generaciones.

Cabrera, vencedor en el Pla de Pou, había preparado para los suyos un opíparo festín, con el doble objeto sin duda de celebrar su triunfo y el cumpleaños de D. Carlos: dispuestas las mesas y bien provistas de manjares y licores, rodeado el jefe carlista de sus oficiales mas adictos, dió principio á la fiesta con vitores y aclamaciones, comiendo y bebiendo hasta el exceso. Confundíanse los alegres ecos con los de una música marcial, y, menudeándose los brindis, se prodigaron los licores hasta el extremo de convertir aquel festín en un lago de sangre.

Ebrios los jefes, y no menos fuera de su razón todos los subalternos, se acordaron por desgracia de que muchas víctimas dependían de su voluntad, y resolvieron concluir el festín con los terribles ayes de aquellos infelices. Por tanto, desnudos algunos fueron fusilados por tantas los desgraciados prisioneros del Pla del Pou. Formaron de sus cadáveres una enorme pirámide, que si bien frágil y de poca duración, quedó su memoria consignada en los anales de nuestra patria; y al paso que sirve perpetuamente de borrón á los que la mandaron construir en desdoro de la misma causa que defendían, será también un eterno monumento que recuerde á las futuras generaciones los horribles resultados que se debe prometer el hombre de esas terribles luchas provocadas en los pueblos por la ambición de unos pocos en perjuicio de muchos y para oprobio de la humanidad.»

Al ser consultado más tarde Cabrera sobre este suceso por un historiador, dijo:

«Yo no niego que mandé fusilar á los oficiales y sargentos, y bien claro lo expreso en el parte; lo que yo niego es el modo ó las circunstancias. Dada la orden de fusilar á los oficiales y sargentos, se agolparon en el campamento gentes de Burjasot y pueblos inmediatos, unos para felicitarme por la victoria, otras para satisfacer su curiosidad. Una músi-

ca de aficionados estuvo tocando toda la tarde, y los paisanos trajeron vino, agua y combustibles. Yo comí un bocadillo y bebí un vaso de agua, no recuerdo si con azucar ó con un poco de vino: si estando bueno apenas lo probaba, entonces menos, porque los facultativos me lo prohibieron á causa de mis heridas. Mientras esto sucedía se fusilaba á los oficiales y sargentos, y de esta casualidad han sacado partido mis enemigos para decir lo que han dicho. Esto es lo mismo que acontece cuando un reo está en capilla ó sufriendo la muerte, mientras su juez se halla en el teatro ó en una diversión; sin embargo, nadie hará cargo al juez ni le llamará cruel. Como de un teatro á un campamento militar hay gran diferencia, si á mí se me apellidó tigre ó verdugo, con más razón lo será un juez que se halla en dicho caso. Yo fusilé estando en mi derecho, pero sin esa complacencia y demostraciones que me han atribuido. Era la guerra á muerte, los prisioneros lo fueron á condiciones, y lo mismo podía fusilar á los oficiales y sargentos que á los soldados, ó á lo menos quitarlos ó diezmarlos.»

Como se ve, la contestación añade infamia á la infamia, y aumenta la execración que inspira el suceso atroz.

Al acabar de leer esos relatos se cree haber tocado el límite de lo horrible, y se buscan, sin encontrarlas, palabras de maldición; las mayores tragedias históricas pierden intensidad al compararse con ésta, y palidecen hasta los martirios del cristianismo...

Y cuando se piensa que quienes así obraban se decían defensores de la religión, y que innumerables ministros de ella sancionaban con su presencia, ayudaban con sus manos y consagraban con su bendición tales horrores, se va forzosamente á esta conclusión lógica: á la Iglesia debe España todo lo que la envilece, la deshonra y la arruina.....

¡Qué escena más espantosa! ¡Hombres sacrificados, y de aquel modo, en la flor de su vida, dignos, caballerosos, cumplidores fieles del deber que se impusieron; y entre ellos, para mayor horror é ignominia, muchos oficiales jóvenes, recién salidos de los colegios, mientras la escoria de la sociedad, que tal fué siempre el núcleo mayor del carlismo, bailaba, reía, bebía, cantaba al compás de los ayes que el recuerdo de los seres queridos arrancaba á aquellos espíritus viriles, y que el viento transportaba en sus ondas para clavarlos en el corazón de

tantas madres, de tantas hijas, de tantas esposas!...

¡Liberales! Si al llegar aquí volvéis á mirar la lámina, y ante esas arrogantes figuras que desafían la muerte, ante esos cadáveres ensangrentados, ante tanto valor, tanto honor y tanto patriotismo extinguido, creéis haber tocado el límite de lo horrible, os engañaréis una vez más; seguid leyendo, y os convenceréis de que hay todavía en el alma del carlismo algo más inhumano, más siniestro, más negro...

Los prisioneros de Herrera

El 24 de Agosto de 1837, el brigadier Solano, 84 oficiales, 60 sargentos y 1.500 soldados fueron hechos prisioneros por los carlistas en la llamada acción de Herrera. Aquella misma noche, al ser conducidos á Herrera y al Villar de los Navarros, en mitad del camino fueron despojados de ropa y dinero por los defensores del altar y el trono, quedando algunos completamente en cueros.

El 28, al llegar á Villarluengo, la junta facciosa, en la que no faltaban curas, llenó de insultos é improperios á los prisioneros. Llegaron á Cantavieja el 30, fueron trasladados de nuevo á Villarluengo, donde durante nueve días no se les dió más comida que media ración diaria de pan á los oficiales, y á los soldados ni aun esto, ni más cama que el duro suelo.

El día 27 recibieron varias camisas, hilas y vendas que les enviaron de Teruel.

El 10 de Septiembre regresaron á Cantavieja, siendo encerrados en la cárcel pública, y el 15 de Octubre, creyendo los carlistas que el general Oráa iba á sitiar la plaza, fueron conducidos á Alcos y á Luco, donde después de tanta fatiga se les dió media ración de pan. Allí enfermaron muchos del tifus, muriendo el coronel del Príncipe y el teniente Moreno, del 6.º. En aquellos días entraron en la habitación donde estaban varios carlistas y les robaron lo poco que conservaban.

El 10 Noviembre, sin consideración alguna á los enfermos, se les obligó á salir en dirección á Horta, Valderroble y Beceite, robando y asesinando en el camino á un teniente y á D. Ramón Alcalde, juez de Híjar. También fué robada y maltratada la esposa de uno de los oficiales prisioneros fallecido: don Luis Mediero se llamaba este oficial.

El 11 de Noviembre fueron sacados á unas masadas cuarenta de los prisioneros que no habían comido en muchos días; cesfallecidos de hambre y de fatiga se rezagan un poco, no pueden caminar tan deprisa como sus verdugos, y... son asesinados. Al regresar á Beceite se rezagan otros cuantos, y son asesinados también.

El 13, los oficiales no reciben ración; el 14 media de pan; los soldados no reciben socorro alguno; mueren diez de

hambre. Desde el 15 al 20, los soldados no reciben ración tampoco, y mueren diariamente de ocho á diez.

El 25 reciben 3 mil reales que la guarnición y milicia nacional de Tortosa les remite. Tocaban á 37 reales.

Del 25 al 1.º de Diciembre mueren de doce á catorce soldados cada día. El 4 hacia dos días que no se daba á los prisioneros más que libra y media de patatas, que tenían que comer crudas; la mortandad fué horrorosa este día. Para colmo de desgracia se aglomeran los pobres prisioneros al balcón de la casucha que les sirvió de cárcel para demandar algún socorro; se hunde el balcón y mueren quince.

El 7 sigue el hambre haciendo estragos; se hunde la casa, y entre muertos y heridos hay cincuenta víctimas. El 10 reciben 306 mantas bien malas que les envían de Alcañiz.

Desde el 19 al 27, los oficiales están á media ración y los soldados siguen muriéndose de hambre. El último de estos días reciben 2.000 reales de Teruel.

El 28 no se dió ración alguna y murieron de hambre veintidós prisioneros.

Obligados á trabajar en las obras de fortificación, aquellos desgraciados recogen los huesos que encuentran por la calle, los machacan y se los comen. Después ocultan los cadáveres de sus compañeros y comen *sus carnes, asadas á la luz de los candiles*.

El 29 mueren veintidós y se da á los oficiales una quinta parte de ración; el 30 siguen muriendo soldados, se da á los oficiales una cuarta parte de ración, y reciben 2.000 reales del provincial de Badajoz que estaba en Tortosa; el 31 no hay ración y mueren trece soldados.

¡HABIAN MUERTO YA SEISCIENTOS!

El 1.º de Enero reciben los oficiales media ración. Mueren de hambre veinticinco soldados. Comen su carne y machacan sus cabezas para extraer los sesos. El día 2 no hay ración y continúa la mortandad; el 3 mueren veintidós soldados y los oficiales reciben la cuarta parte de ración; el 4 no hay ración.

El hambre continúa terrible: los soldados comen cruda la carne de sus compañeros muertos, y los que existen no son hombres ya, sino cadáveres. No se conocen unos á otros; no hay humanidad entre ellos; han perdido toda idea de la realidad y se mueven como máquinas.

El 5 mueren catorce soldados y son completamente descarnados varios cadáveres; 16 días que no se daba ración á los soldados!

El 6 matan á palos 30 soldados que pedían de comer. Se encuentran dos cadáveres descarnados; los carlistas se indignan, indagan, averiguan y descubren unos pucheros puestos á la lumbre con agua y carne humana. «¡Profanación, sacrilegio! exclaman. ¡Horrible atentado contra las enseñanzas de la Iglesia!»

Se reúnen en junta, á la que asiste como teólogo un capellán, y nueve prisioneros son condenados á muerte, que tolos pedían con ansia, para acabar de

sufrir. A las once de la mañana son llevados al suplicio; el hambre y el desfallecimiento no permite á los infelices condenados estar de pie y se les sienta en el suelo; se juega á la pelota con sus cabezas, se tira al blanco, se ensayan mil maneras de torturarlos, y después de tres horas de cruel martirio son rematados á bayonetazos.

Llenos de horror los prisioneros que habían presenciado la ejecución, intentan escapar aquella misma noche.

Agujereando la pared de la casa que les sirve de cárcel, se arrojan por el boquete abierto sin medir ni calcular la distancia; al caer son muchos los que se rompen brazos y piernas; acuden los carlistas y quedan allí treinta y dos cadáveres.

El día 7 son llevados al convento de Benifasat ciento sesenta de los prisioneros y obligaseles á trabajar sin descanso en obras de fortificación y no se les da alimento alguno; comen las raíces que encuentran, y á los ocho días casi todos han muerto ya.

Desde el 7 al 1.º de Febrero mueren de hambre diariamente de ocho á diez prisioneros. La falta de raciones llegó al extremo, que apenas les daban dos onzas de arroz ó patatas de ración; tanto, que muchos oficiales, debilitados por tan escaso alimento, tuvieron que tumbarse, por no tener fuerzas suficientes para estar de pie.

Al llegar el día 2 á Beceite era tanto el frío y el hielo, que los infelices, debilitados por el hambre y desnudos enteramente, quedaban á cada paso ateridos en el camino; los carlistas fusilaban al que no podía seguir: así perecieron unos veinte.

Gran escasez de raciones el día 5. La mortandad de la tropa no es ya más que de cuatro ó cinco diariamente, pero es porque ya no existen más que 200 en el depósito.

El día 11 recibieron 5.000 reales que la guardia nacional y el vecindario de Barcelona reunió para socorrerlos y se repartieron entre todas las clases. Se trató de dar un rancho diario hasta que se concluyeran los recursos, y se empezó á verificar en este día; pero había llegado tan á su colmo el hambre de los soldados, que parecían ya fieras; no conocían á sus oficiales ni pensaban más que en pedir pan; si los comisionados lo tenían en sus manos para repartirlo, se avalanzaban á ellos; y aun cuando levantaban el palo para amedrentarlos, permanecían indiferentes á todo.

Murió un soldado el día 9 y se les dió media ración de patatas. A las diez de la noche se les comunicó la noticia de que iban á salir al día siguiente los oficiales á Morella y la clase de tropa á Vinaroz para ser canjeados, y desde entonces no les faltó la media ración de pan, y desde el 14 al 28 recibieron media ración de pan y media de carne.

Y desde este día, hasta el 26 de Marzo que fueron canjeados en Segorbe, después de mil alternativas dolorosas al ver

que se dilataba su indulto, aquellos desgraciados vivieron un poco mejor materialmente.

El 27 ingresaron la mayor parte de los soldados en el hospital de Segorbe y á los pocos días habían fallecido casi todos.»

El documento de donde están entresacados los horrores trascritos, termina de este modo:

«Para evitar toda duda sobre la exactitud de este diario que precede, le firmamos los compañeros de desgracia del autor, hechos prisioneros y canjeados en el mismo día.

Capitanes: D. Antonio Molina.—D. Bernardo Majenis.—Tenientes: D. Manuel Michelena.—D. Benito Carbajales.—D. José Coll.—D. Miguel Rosell.—D. Francisco Lloret.—D. Felipe Aparicio.—D. Pedro Navas.—D. Antonio Castro.—D. Antonio González.—D. Victoriano Ametller.—Subtenientes: D. Luis Gujol.—D. Alejandro Pujol.—D. Pablo Salazar.—D. Gaspar Calderín.—D. Lorenzo Lanza.—D. Francisco Pérez Canal.—D. Bernardo de la Muela.—D. Alvaro de Luna.—D. Francisco Rodríguez Castro.—D. Juan Rodríguez.—Don Bautista Fernández.—D. Dimas Martínez.—D. Nicolás Fierro.—D. Lorenzo Ponte.—D. Pedro Tauste.—D. Mariano Jaime del Pozo.—D. Ramón López.—D. Manuel Rodríguez.

Documento justificativo

En una carta escrita por el general Solano, jefe de la fuerza vencida y prisionera, se encuentran estos párrafos, que dan veracidad oficial á lo anteriormente copiado:

Muchos, malos y crueles han sido los padecimientos sufridos por los jefes, oficiales y soldados que procedentes de la desgraciada acción de Herrera (llama de Noguerras por los carlistas), fueron hechos prisioneros de guerra por la división del Pretendiente: la mayor parte de los oficiales heridos, puesto que de noventa y dos había ochenta y dos con más de cuatro heridas, tanto de bala como de sable, recibidas en los cuadros irregulares que de mi orden se formaron en las vertientes de la ermita de la Herrera, irregulares, porque sólo contaba el primer cuadro siete compañías y cinco el segundo, ambos del 1.º y 2.º Batallón del Regimiento Infantería del Príncipe, que mandaba tan dignamente el coronel don Juan Francisco Alonso; pero entre el mal trato de que se deja hecho mérito, fué el más horroroso el acaecido el día 5 Enero del 838, cuya memoria no podrá jamás borrarse ni á los que desgraciadamente lo presenciáramos, ni al pueblo de Beceite, donde ocurrió, cuyos vecinos estoy seguro no han podido arrojar de sus pechos el dolor y el quebranto que en aquel infame día sufrieron.

Era tal el extremo de miseria, desnudez y hambre á que se hallaba reducido

el ejército de prisioneros, que habían fallecido ya sobre 14 oficiales y 800 sargentos y soldados de necesidad, y apesar de las continuas reclamaciones oficiales dirigidas por mí, sólo se había podido conseguir una pequeña porción de patatas, tan menudas y tan malas, que casi era imposible comerlas. Los soldados estaban divididos por escuadras y éstas al mando de algunos cabos, los cuales, con el objeto de aumentar la miserable ración—cuando se daba—reducida al número de 4 ó 6 patatas cuando más, no daban parte de la defunción de sus compañeros.

El horror llegó á su colmo cuando dejó de recibirse esta mezquina ración, pues la de pan hacía ya más de cuatro meses que no se distribuía; y en esta penosa situación, algunos de los que gemían en aquella espantosa miseria, acudieron, para satisfacer su hambre, al repugnante y bárbaro alimento de la carne de sus difuntos compañeros. En la noche del 5 al 6 de Enero, supo el comandante del depósito, D. Juan Francisco Pellicer, que algunos soldados se hallaban sentados al mezcuro fuego que habían logrado formar con pedazos de vigas de la destechada casa, en que se hallaban calentando algunos pucheros de agua y trozos de carne humana, y mandó á su segundo, D. Manuel Gil, hombre cruel y sanguinario, á que los reconociese á la una de la madrugada del 6 de Enero. En efecto, encontró en ellos pedazos de pies y manos que se hallaban cociendo, correspondientes á los soldados que en la tarde de aquel día habían fallecido, y en dos pucheros otros pedazos que la decencia se resiste nombrar. Después de apaleados completamente, y formada su cruenta Junta, á la que asistió como teólogo el capellán del 4.º Batallón de Aragón, sin oír los descargos de los nueve acusados, ni mis enérgicas protestas, fueron sentenciados á ser pasados por las armas, cuya pena sufrieron á las once de la mañana del 6 del modo más horroroso que se puede concebir. Cadáveres ya y sin poderse tener en pie, fueron conducidos á un pequeño campo que se hallaba á la mitad de distancia entre la casa que ocupaban los oficiales y la que contenía los soldados. No pudiendo resistir en pie el castigo impuesto por su desfallecimiento anterior y el horror de su situación, fueron sentados en el suelo, y como si se jugase con sus cabezas, principiaron á tirarles tiros, resultando de este juego cruel que á las dos de la tarde aún no habían concluido de expirar. Entonces un cabo llamado Cayetano, cuyo apellido ignoro, pero que sirvió en el Regimiento del Rey y que se había unido á la facción en la toma de Cantavieja, acompañado de un tal Valero, subteniente de granaderos del mismo batallón, marcharon sobre aquellas víctimas y los acabaron á golpes de bayoneta y sable, dejándoles en medio del campo durante toda la tarde á la vista de sus compañeros y de sus oficiales. La consternación se veía pintada en todos los semblantes y nadie se atrevía á pronunciar una palabra, aho-

gardo en sus acongojados pechos los ayes y lamentos que hubieran podido consolar sus oprimidos corazones. De estas resultas pasé comunicaciones (fuertes) á Cabrera, quien los hizo marchar el 16 de Enero á las dos de la madrugada al pueblo de Cretar para tener una conferencia y tratar del cange de prisioneros. Convencido Cabrera de lo imposible que le era conseguir que los prisioneros constitucionales, á pesar de las repetidas instancias, súplicas y pcosas ofertas tomasen partido en sus filas, pues ni uno solo accedía, prefiriendo morir á ser traidores á las banderas que juraran, muchas y duras fueron las proposiciones que presentó, á pesar de que en aquella ocasión no se manifestó tan cruel como su secretario de campaña el coronel Caide, abogado, hijo de Tortosa. Al fin accedió él, disponiendo marchasen los soldados, quedando yo en rehenes.

De las promesas hechas por mí sobre la entrega de los prisioneros facciosos en Arcos de la Cantera, yo mismo me constituí como tal para salvar aquel resto de hombres, que de parecer no eran más que esqueletos, los cuales habían llegado á tal extremo de demacración, que canjeados en la ciudad de Segorbe y trasladados á el Hospital militar no pudieron sus estómagos admitir ni aun el caldo y fallecieron la mayor parte antes de las 6 horas de su entrada en aquel establecimiento. La historia no cuenta hechos más horrorosos. Podrá ser, y aún estoy casi seguro, de que nuestros descendientes tendrán por fabulosa esta narración; sin embargo, por desgracia, no hay cosa más cierta. Todos los jefes y oficiales que se salvaron de aquella calamidad, podrán responder bajo su firma de la verdad de cuanto llevo dicho. Quisiera nombrar á todos mis compañeros de infortunio, mas no siéndome posible, me contentaré con los nombres de algunos. El coronel D. Juan Pujol, y sus hijos, D. Luis y D. Alejandro, del Regimiento del Príncipe, los capitanes del 2.º Regimiento de la Excma. Real Infantería, don José María Rajoy, D. Simón Vilella, don Bernardo Magenis, D. Antonio Molina; los alféreces del mismo Cuerpo, D. Manuel Michelena y D. Victoriano de Ametller; dos capitanes del provincial de Avila, D. Lorenzo Contreras y D. Eusebio de Arrabal; teniente D. N. Murgategui; y los subtenientes Gómez y Rodríguez, con el sargento mayor del mismo Cuerpo, D. Hermenegildo Alcaráz. El teniente coronel del Regimiento Córdoba, D. José Can y Argüelles. El capitán del 6.º Ligeros D. Ramón Valdepares, el subteniente López y Claros, el capitán del de Córdoba D. N. Cebrian; el teniente D. Dimas Martínez; los capitanes del Príncipe, don Vicente Cruzado, D. José Ramón Booteillo, los tenientes Ureda y Castro; el capitán de la caballería del Infante, D. Pedro Navas, y otros que si fuese preciso, todos certificarían bajo su honor y su conciencia.

Los soldados que presenciaron aquel horroroso fusilamiento se aterraron en

tales términos, que valiéndose de sus manos, á falta de otros instrumentos, lograron abrir un agujero en la parte de la pared que miraba al campo, camino de Valderrribles, y aunque casi seguros de morir en el tránsito exánimes y sin fuerzas para alcanzar la pequeña fortificación de Alcañiz, que sólo dista 5 leguas, se precipitaron por él sin prudencia ni precaución alguna, cayendo al campo que estaba bastante profundo por no haber tenido la previsión de haberlo abierto en el piso bajo y sí en el principal.

Muy pocos fueron los que llegaron sin fracturarse las piernas ó brazos, y al ruido de sus cuerpos que caían sobre las piedras y ladrillos que habían desprendido de la pared, así como al de los gemidos que daban los que fracturados los brazos ó piernas recibían sobre sus macerados cuerpos los de los compañeros que creían encontrar la salvación, llegaron los soldados de la guardia, y suponiendo que una acción bárbara y horrrorosa sería meritoria á los ojos de Cabrera que remuneraría su vigilancia, asesinaron aquella madrugada—del 6 al 7 de Enero—cuantos encontraron tendidos en el campo y los que aún estaban próximos al agujero por donde creían recobrar la libertad.

El número de estos desgraciados ascendió en aquella madrugada al de 32, encerrando el resto en una habitación tan reducida, que no siendo suficiente á contener su número, se vieron precisados á ocupar—á pesar del frío de la estación, un corredor descubierto, largo y estrecho, con un balcón de madera que amenazaba ruina, la cual se verificó, puesto que á las 9 de la mañana del 7 se desplomó completamente, pereciendo en la caída 23 soldados, y quedando otros muchos heridos.

Para ocultar esta desgracia y pretextando que era para la mayor comodidad de los prisioneros, fueron trasladados aquel mismo día 162 soldados al convento de Benifasat, donde haciéndoles trabajar incesantemente en la obra de fortificación, sin más alimento que las raíces que encontraban, sucumbieron la mayor parte de ellos antes de 8 días. Ni aun esta penosa y cruel posición pudo aumentar las filas de Cabrera con un solo hombre. ¡Tal fué la lealtad de los soldados de la 3.ª División del Ejército del Norte!

Mientras los jefes y oficiales lograron conservar algunos recursos, suministraban por cuerpos á los soldados prisioneros algunos ranchos, teniendo que presenciarse los mismos oficiales que se hallaban encargados de su condimento y distribución, distinguiéndose muy particularmente en este penosísimo trabajo el capitán graduado teniente del regimiento del Príncipe, señor de Castro, por su paciencia y prudencia, pues llegó el caso de faltar las cucharas que se les habían caído, y las palmas de sus descarnadas manos hacían el oficio de tal, porque en ellas se contenía mayor cantidad de alimento.

A los oficiales se les colocó en dos pisos tan pequeños y reducidos, que no cabiendo se situaron hasta en los escalones que conducían á ellos, martirizándolos del modo mas cruel que puede imaginarse. A las 9 de la noche se les obligaba á acostarse sin que pudiesen tener conversación alguna; cansados y fastidiados de este silencio sepulcral, así como de una orden tan tirana y cruel, llegaban á dormirse; á las 10 efectuaba la tácción requisa y entraba una parte de la fuerza, y descansaba sobre las armas, dejándolas caer con toda violencia, que el más dormido se estremecía. Después se les obligaba á levantar á todos para reconocer si los ladrones sobre que estaban acostados se habían levantado para fugarse, puesto que caían sobre un horno de pan cocer, el cual, aunque inútil para el efecto por no haber ni harina ni masa alguna que cocer, lo tenían encendido por si alguno lograba escaparse, que cayese en él y quedase abrasado. Esta requisa se repetía de hora en hora; de manera que no se descansaba en toda la noche. El objeto que se propuso el segundo jefe del 4.º batallón de Aragón, D. Manuel Gil, en este prolongado martirio, no fué otro que el de extenuar completamente las fuerzas de los oficiales para que no sólo no las tuviesen para intentar la fuga, sino también para que no pudiesen de día fortificar el valor de los soldados, que jamás escucharon con más fervor los consejos de sus oficiales.

El tifus vino á completar el cuadro de desolación y miseria, pues no había medicamentos que aplicar á los que lo contraían; y aunque era incansable la vigilancia y esmero del cirujano del provincial de Alava, el señor Parejo, nada podía lograr para su salvación. Debo hacer en este relato mención honorífica y de gratitud al Sr. brigadier D. José Trillo, gobernador de la plaza de Tortosa, quien sabedor por mí de las desgracias que acompañaban á sus compañeros de armas, formó con la mayor rapidez y me mandó un botiquín con todos los medicamentos que los facultativos de Tortosa, á quienes se consultó, consideraron á propósito para la curación de aquella terrible enfermedad, aumentado con una porción de azúcar, limones y arroz, acompañando un plan curativo y una remesa de 2000 rv. por medio de una suscripción entre los jefes de la plaza y Regimiento provincial de Badajoz, que mandaba D. Manuel Canellas, y la cual fué reintegrada en igual suma, y arroz, azúcar y limones para el refresco, único alimento que tomaban los enfermos, tanto oficiales como soldados, á quienes sola y únicamente se daba con mandato del médico Parejo. También el gobernador de Alcañiz, Sr. Fajardo, mandó una porción de camisas, pantalones, chalecos y chaquetas usados para el abrigo de los soldados prisioneros.

De Teruel hizo varias remesas el jefe político Sr. Cabello, aumentando 96 mantas y 96 pares de alpargatas para los señores oficiales que se hallasen enteramen-

te desnudos y descalzos. Los nombres de estos jefes siempre fueron respetados y bendecidos como una muestra de gratitud que en aque los momentos tan desventurados podían dar los afligidos que en aquellas mazmorras gemían.

Los vecinos de Beceite aliviaron en cuanto pudieron la suerte de los prisioneros, y entre estos algunos de los de Villaluenzo, distinguiéndose el Sr. D. Ramón Temprado, y si no lo hicieron otros, más fué por el temor que tenían de comprometerse demasiado con los que no mirarían con satisfacción semejantes actos de caridad.»

Otro documento justificativo

Relación de los padecimientos de los prisioneros de Beceite, autorizada por las firmas de los individuos que se expresan al final.

«En el mes de Noviembre del año 37 entraron en la villa de Beceite procedentes de la acción de Herrera mil doscientos prisioneros, que fueron entregados á D. Juan Pellicer, comandante del 5.º batallón de Aragón, habiendo muerto antes de llegar de treinta y siete á cuarenta que quedaban rezagados, y á quienes la escolla mataba á culatazos y á pedradas, y únicamente salieron como unos doscientos hacia Peñarroya, habiendo muerto y aparecido los restantes en la forma varia, cruel é inhumana que luego se dirá. Antes de marchar á Peñarroya separaron de veinte á treinta prisioneros que se hallaban enfermos é inutilizados y que por consiguiente no podían salir; los llevaron á un huerto, sito dentro del mismo pueblo de Beceite, propio de D. Ignacio Micolau, que habían convertido en cementerio y en el que tenían abiertas unas grandes zanjas ó sepulturas, los colocaron todos derechos en las inmediaciones de dichas sepulturas, y de uno en uno los iban matando á golpes en sus cabezas, de manera que dado el golpe caían los cadáveres en las mismas sepulturas, presenciándolo los demás, cuya operación fué practicada por Gregorio Bayod, oficial, y un tal Mala, que era sargento.

Así llegaron los indicados mil doscientos prisioneros á la villa de Beceite; los los oficiales y sargentos los colocaron en dos ó tres casas que había en la plaza y con las que formaron una especie de recinto, y la clase de tropa en la casa de D. Ignacio Micolau; á aquellos les daban media ración de pan y julias y á los soldados de dos á tres patatas pequeñas y crudas, habiendo transcurrido muchas veces dos ó tres días sin darles nada absolutamente ni á unos, ni á otros, de suerte que se extenuaron; muchos perecieron de hambre y los demás quedaron hechos unos esqueletos animados. Como no les pasaban leña á los soldados para condimentar las patatas y calentarse, hicieron astillas con las uñas, piedras y clavos que encontraban toda cuanta madera habla

en el edificio, así es que no pudiendo sostenerse el tejado, *se hundió y mató como á unos cincuenta*. Diariamente se permitía la salida á siete ó ocho prisioneros que con centinela de vista recorrían el pueblo y como *cerdos iban buscando por las calles, plazas y basuras los huesos, mondaduras de fruta, pimientos, tomates y demás berzas inútiles* que los vecinos arrojaban y lo cual *se comían erudo* y como lobos hambrientos.

Por las tardes sacaban á tomar el sol á dichos prisioneros en un campo inmediato á la casa de dicho Micolau, en el que *se comieron las yerbas, las hojas de los árboles, las plantas y hasta sus raíces*, habiendo ilegado su hambre y miseria á tal extremo, que el que se había conservado algún tanto robusto era devorado por sus mismos compañeros, que se comían las carnes de las piernas y brazos en crudo, y posteriormente *los que morían durante la noche, al siguiente día eran despedazados por sus compañeros, que se les comían las nalgas, los hijados, livianos y hasta los intestinos*, que eran las únicas partes de sus cuerpos donde había quedado algo de carne. Esto horrorizó al sobredicho D. Juan Pellicer, y en la noche del 5 de Enero de 1838 mandó practicar sus reconocimientos en el depósito, y á todos cuantos prisioneros se encontró carne humana, fueron muertos en el acto *á bayonetazos y á golpes de sable*, habiendo separado únicamente nueve *para ser fusilados* al día siguiente, con objeto de escarmentar á los demás. En efecto: al otro día fueron llevados al suplicio los indicados nueve prisioneros, que al saber la muerte que les esperaba *se pusieron locos de contento*, quedando admirados todos de la alegría con que marchaban á ser fusilados. En la primera descarga cayeron todos al suelo, pero sólo murieron de dos á tres, y así que marcharon los facciosos iban sentándose, pero volvieron éstos y los iban matando de uno en uno. El último que quedó, hallándose sentado, *pidió un bocado de pan al muchacho Gabriel Sancho*, y después de haberle hecho falta por tres veces el fusil á un faccioso, *le tiró otro un tiro y lo mató*. Al saber los restantes prisioneros que sus compañeros habían sido fusilados por haber comido carne humana, *á porfía manifestaban todos al comandante faccioso que también ellos habían comido y que debían ser fusilados*. Tales eran sus padecimientos, que deseaban la muerte á todo trance.

Durante la permanencia de dichos prisioneros en la villa de Beceite murieron diariamente de doce á catorce de hambre y miseria, pues se observó muchas veces que al tiempo de llevarlos desde el depósito al cementerio ó echarlos á la sepultura, muchos *se meneaban*, otros hacían ademanes con las manos para que no los enterrasen; y algunos de ellos *pronuncian hasta palabras, pero de nada les servía*, pues el que *salía del depósito con dirección al cementerio, era sepultado vivo ó muerto*, y únicamente hubo un ejemplar de haber vuelto desde el ce-

menterio al depósito; y fué el caso de que *habiendo ido un fraile* de Caspe que era capellán de uno de los batallones de facciosos al indicado cementerio *á ver si las sepulturas eran bastante bonitas*, uno de los cadáveres que había hacinados en un montón hacia dos días, le tiró de la levita y volviéndose vió que todavía respiraba y estaba vivo y mandó que lo llevasen al hospital como lo verificaron los inhumanos sepultureros.

Sería no acabar si había de hacerse una prolija y exacta relación de los padecimientos, hambre y miseria que sufrieron los indicados prisioneros en la villa de Beceite; y baste decir que horrorizado el comandante que los custodiaba, D. Juan Pellicer, se le oyó prorumpir por diferentes veces que hicieran favor de pagarle un pistoletazo; *pues se cansaba de ver tanta lástima y miseria*. Los pocos vecinos que habla en el pueblo, sin embargo de que carecían de medios porque los facciosos les robaban cuanto podían, y de que era un crimen socorrer á un prisionero, se portaron bastante bien y muchos *socorrieron ocullamente á los dichos prisioneros*, en especial á los señores oficiales. Los hechos que se dejan indicados son tan ciertos y verídicos como que los presencié todo un pueblo y actualmente existen más de cien testigos presenciales.

De la verdad de cuanto va expuesto en la antecedente relación responden:

D. Romualdo Caldi, hacendado.—Antonio Morato, fabricante.—Joaquín Celma, cetero y hacendado.—José Moragrega, hacendado.—Antonio Abel, calderero.—Joaquín Golerons, fabricante.—Ramón Sancho, albañil.—Gaspar Calceiter, labrador.—José Canalea, labrador.—Juan Ejarque, cirujano.—Manuel Cañiz, fabricante.—Mateo Royo, herrero.—Bautista Gil, hacendado.—Mariano Moragrega, labrador.—José Antonio Giner, labrador.

Beceite 20 Marzo 1844.

El que después de leer estas páginas de sangre, infamia y horrores, no soñadas ni por el Dante en su *Infierno*, se atreviese á suponer siquiera que el Ejército español podría olvidarlas nunca y unirse en ningún caso con los verdugos de sus hermanos en la religión del honor, se insultaría al Ejército, ese le ultrajaría, ese trataría de deshonrarlo...

Ese estaría en espíritu con los bandidos que fusilaron en la segunda guerra en Abarzuza á varios oficiales del Ejército, acusándolos de incendiarios...

Ese sería un malvado, un criminal...

¡Ese... sería carlista!

JOSÉ NAKENS

Si las emplumasen...

¡A los requetés que tienen madre.

El hecho de las mujeres emplumadas por los carlistas de Tolosa contadas en el número último de EL MOTIN, debiera

hacer entrar en reflexión á los *requetés*, al duque de Solferino, á los Senantes y Ventallios y á todos los carlistas que son hijos de madre, ó son padres de sus hijas y maridos de sus mujeres.

Que este *emplumamiento* lo hubiese verificado la *chusma* aquella acumulada por el azar revolucionario en las calles de Barcelona; *chusma* sin hogar de su propiedad, sin nicho en el cementerio y sin pergaminos; *chusma* sin Dios, por ser incrédula; sin ley, por ser revolucionaria; sin Roque, por vivir del azar; sin providencia que les vista de personas decentes; sin fe en la religión que les explota é insulta; sin esperanza en un cielo que no podría compensar las penas é ignominias del infierno en que viven; que esa *chusma* hubiese paseado por las calles de Barcelona, *emplumados*, al obispo, á los jesuitas, á las abadesas y prioras de los conventos, á las madres, esposas é hijas de los de la *Defensa Social*...; si esto hubiese hecho, se explicarla. ¿Qué podía esperarse sino eso de una *chusma* contra quien los jesuitas, los cofrades y los obispos vuelcan todos los vituperios del diccionario criminológico?...

Pero ¡no! aquella *CHUSMA* prestó escolta á las personas de sus enemigos; salvaguardó la vida de los mismos que se la habrían quitado á ellos, y tan *cristianos* fueron, que *volvieron bien por mal*. Los hijos de las *emplumadas* fueron custodios de la dignidad de las monjas aturdidas é indefensas; y si hubo alguna excepción fué seguramente de algún bárbaro creyente, como Clemente García, que pidió los santos sacramentos; ó, algún carlista que aprovechó el movimiento revolucionario para *carlistear* á sus anchas.

¿Qué duda hay de que entre los revolucionarios había algún hijo ó nieto de las *emplumadas* de Tolosa?... Y, sin embargo, ¡no emplumaron á ninguna monja ni á ninguna hija de María!

Bien: prediquen odio de muerte y de exterminio obispos y jesuitas. Preparen la nueva guerra de *emplumamientos* con que sueñan pasear por las calles de Madrid á Violeta y Colombine, y quizás á D.^a Emilia, y con seguridad á D.^a Rosario de Acuña. Prediquen la nueva cruzada del bandidaje...

Pero acuérdense de que tienen madre.

Y si no se acuerdasen...

Si no se acordasen... no digan al pueblo revolucionario: «aprended de nosotros, ministros de Dios... gente santa...» No lo digan. No sea que algún día fuesen ellos los *emplumados*.

El ejemplo de los *hijos de Dios* podría contagiar á los *hijos del diablo*, que dicen ser la mona de Dios.

Y si algún día los hijos del diablo cayesen en la tentación de imitar á los hijos de Dios...

Pues se cumpliría la letra del Evangelio: *quien á pluma mata á pluma muere*.

Aúntelo Laguarda y no lo olvide.

Que han llegado los tiempos de apuntar, para no extrañarse mañana de lo que sobrevenga.

La justicia nacional y la magistratura católica

Dos hechos se han registrado en la semana última que han indignado á todos los jesuitas españoles. El de un fiscal de la Corte que se niega á perseguir á un clérigo por no violar el fuero eclesiástico rayado de las leyes, y el de un juez que niega justicia á un marido desposeído de su mujer por un clérigo misano, y que va á contar á Portugal las cuitas de sus sagrados apéndices.

Lejos de extrañarnos estos hechos, debiera extrañarnos el que sólo haya dos funcionarios en los tribunales con el valor cívico-religioso bastante para afirmar sus convicciones católicas. Sólo así se es católico; sólo así se puede serlo.

La Iglesia fulmina su excomunión contra los que sucumben á la persuasión diabólica de llevar á los tribunales civiles á los clérigos. Las constituciones apostólicas así lo afirman. No hay ley que valga, ni rey promulgador, ni Estado, ni gobierno que lo manden; todo eso es el *diablo* y cosa del *Diablo*. Lo dice el secretario del «dios oficial del Estado.»

Y Santo Tomás define imperiosamente, rajantemente, que el juez que conoce que una ley es injusta, no puede aplicarla así le aspen, y antes que autorizarla con su sentencia haciéndose solidario y cómplice de su iniquidad, debe dimitir el cargo.

Por esto que esto es lo único católico, y porque las leyes constitucionales están con lenadas por el Papa, y en especial esta del fuero clerical, por esto es de maravillar que sólo haya dos *funcionarios* en el Estado clerical que padecemos, con agallas bastantes para decir al Estado y á la monarquía:

—Si sois católicos, estáis sometidos al Papa; y si no lo sois miente el título de la Constitución. No me da la gana de proseguir la farsa. O herrar ó quitar el banco.

O aceptar el catolicismo con todas sus barbaridades y atrocidades, ó darle el puntapié definitivo.

Esos magistrados están, pues, á la altura debida. Son los *dos únicos católicos* que han asomado en España hace muchos años. Sólo tienen un pero.

Al jurar sus cargos ¿juraron aplicar las leyes con honradez constitucional ó con honradez católica y con reserva mental jesuita?

Si lo primero, sabiendo que las leyes son anticatólicas, no *podieron* jurar aplicarlas sin cometer el doble pecado mortal de *jurar en nombre de Dios* cometer una iniquidad. Y si lo segundo, si su juramento fué *jesuitico* ¿creen lícito el cobro de las nominas y derechos de un Estado liberal á quien engañan?

De modo que para ser católicos de verdad debieron abstenerse de jurar... y

por tanto de cobrar. El catolicismo, entonces y no ahora.

Todos iguales al fin. Si no está la farsa en negarse á cumplir la ley por anticatólica, está en el acto de jurar su cumplimiento.

Moral contradictoria

Llega un día en que la sociedad se apodera del hombre, ya formado; le instruye, le uniforma, le alecciona, le exhorta, le amenaza, pone en sus manos un fusil y le envía á la pelea. Desde aquel momento todo el Código de los derechos y de los deberes humanos se ha transformado para él. De su vieja moral sólo debe conservar en esta su nueva vida la máxima de la obediencia llevada á extremos de una incondicional sumisión. El resto de los antiguos preceptos que se le inculcó desde la cuna se ha trocado en una moral de los preceptos contrarios. Tiene un enemigo, un enemigo á quien no conoce, á quien nunca vió, contra el cual no le animan ni agravios ni rencores, que sólo difiere de él por la lengua y por el traje. Para ese enemigo no ha de haber derecho, ni razón, ni caridad. Todo contra él es lícito. Se le ha enseñado de niño que no debe mentir; al enemigo si es lícito engañarle con ardides guerreros: que no debe hacer daño al prójimo; al enemigo hay que matarle: que no debe robar; los bienes del enemigo son materia de lícito botín. La sociedad pone ahora todo su empeño en desencadenar en el alma de ese hombre la fiera que tanto trabajo le ha costado domar. De esta suerte se ponen todos los medios para deshacer en un día la labor moral de muchos años.

ALFREDO CALDERON

Boycott eclesiástico

La soberanía del pontificado ha tenido un fracaso que le amenaza de quiebra.

En Portugal, ochocientos párrocos á quienes el Papa declaraba incursos en *paro forzoso*, se han negado á declararse en huelga.

El *clero asociado* está clamando contra estos 800 *esquirols* sacramentarios. En Roma se está estudiando el modo de forzarles á *bolgar*. Algún día sus mesnadas invadirán el templo—fábrica, que con sus *kyries* interrumpe el silencio de la huelga, romperán cristales y aras, harán trizas los cálices y crismeras... y, nada, los *rojos* y los *amarillos*; darán uno de sus espectáculos.

Sólo que el gobierno portugués que se propone sostener la *libertad del trabajo* de toda suerte de inlustrias, incluso las religiosas, hará cargar la policía sobre los frailes, curas, sacristanes y cofrades socio-pontificio, y proclamará el derecho de los *esquirols sacerdotes* á confeccionar y expender las sustancias sacramentales.

¡Lo que son los tiempos, buen Dios!

Todo, todo por cuestión del garbanzo...

En España, el Estado hace efectivas las huelgas impuestas por el Papa. Canalejas fusilaría si preciso fuere al obispo esquirol como Llorente, que se propusiera episcopar en la catedral de Madrid ó en San Francisco el Grande.

Compara la industria religiosa á la tabacalera, la azucarera y á la industria de cerillas. Son industrias *concordadas*.

Y estampilladas.

Pequeñeces jesuíticas

D. Juan de Elisarazo, comisario del rey de España en la ciudad de la Plata, en el Perú, refería lo siguiente:

Los indios Chiriguano habitan la región opuesta de las montañas del Perú. Es gente dócil y más fácil en aceptar el evangelio, pero muy indolentes y enemigos del trabajo. Los jesuitas se encargaron de su conversión, lo que les costó muy poco trabajo, dada la índole especial de aquella gente, y les notificaron su deseo de permanecer entre ellos, y necesitar que les cediesen tierras y propiedades y les ayudasen á plantar cañas de azúcar. Los indios conocieron perfectamente la avaricia de los Padres, y el objetivo que presidía á su apostolado, y decidieron atacarles una noche y exterminarles; pero las indias, que les profesaban más afecto del que toleraba la dignidad de sus maridos les dieron aviso de este plan, y les proporcionaron medios de huida. Cinco de ellos llegaron á la ciudad de la Plata, y dijeron que los indios los habían expulsado, porque no querían ser cristianos, y que su compañero el P. Mendiola había apostatado y se había casado con las ceremonias de los judíos, y que era preciso se entrase allí á mano armada, á fin de capturar al P. Mendiola, el cual con su mal ejemplo los confirmaría en sus errores. Por este motivo pidieron tropas del citado D. Juan Elisarazo, y enseñaban la sotana del P. Mendiola, como prueba de su apostasía.

El comisario D. Juan comprendió que el asunto tenía más gravedad de lo que parecía, y para proceder con tiento envió un emisario especial al P. Mendiola, prometiéndole su protección si rectificaba su conducta. El P. Mendiola que jamás había pensado en apostatar, ni en dejar la Compañía, alarmado al recibir esta misiva, se fué á la Plata, y se presentó á los jesuitas declarando que era cierto que *todos*, por debilidad y miseria habían vivido en concubinato, pero que no veía el motivo por qué sólo se le hacía á él culpable de esto, y que ahora era cuando en efecto iba á renegar de la Compañía, como lo hizo, secularizándose, pues no quería figurar entre gentes que por cubrir sus impurezas le habían calumniado de un modo tan cínico, dejándole entre los indios expuesto á que le matasen. Con este motivo hubo en la ciudad grande escándalo y murmuraciones, siendo muy comentado el modo especial que tenían los jesuitas de catequizar, emparejándose con las indias.

El 29 de Noviembre de 1643. se reunieron en el palacio del cardenal Mazarino en asamblea varios cardenales, arzobispos y obispos franceses, y entre otras cosas que allí se trataron, una de ellas fué la censura de cuatro libros, repletos de injurias á los

obispos franceses, escritos por jesuitas con seupdónimo, cosa que habían negado los padres Salle, superior de la casa profesa, Binet, rector del Colegio de Clermont, Julián, rector del noviciado, y Maillan con fesor del rey, en declaración que firmaron el 23 de Marzo de 1633. Los obispos franceses se dieron por satisfechos con este mentis oficial de la Compañía, pero en 1643 el P. Felipe Alegambe publicó en *Biblioteca de escritores de la Compañía*, y en ella figuraban, como jesuitas, los autores de los libros censurados, y se citaban sus verdaderos nombres, que eran Matías Wilsons y Juan Iloyde, á pesar de haber negado todo esto los citados jesuitas franceses. Otro de los asuntos fué pedir al padre Jaime Nonet, jesuita, que rectificase lo que había dicho en ciertos sermones depresivo é injurioso contra los obispos. De mala gana y en estilo oblicuo el P. Nonet no tuvo más remedio que cantar la siguiente palinodia:

«Yo el abajo firmado, Juan Nonet, sacerdote de la Compañía de Jesús, habiendo sido advertido por que los señores obispos se consideraban ofendidos por el relato que se les había hecho de ciertos sermones míos predicados en la iglesia de San Ginés, durante los meses de Agosto, Septiembre y Octubre de este año, en los cuales se me acusa de haber sostenido que la doctrina contenida en el libro de la *Frecuente Comunión*, de Mr. Arnauld, doctor en Teología, y aprobado por muchos prelados, era peor que la de Lutero y Calvino, y que era preciso huir como á leprosos á los que la habían aprobado. Declaro no haber dicho jamás nada de esto en mis sermones, y protesto, que si en el calor del discurso se me hubiera escapado algo de esto, estoy dispuesto á subir al púlpito para desmentirlo y pedir perdón á los dichos señores. París, 20, Noviembre de 1643. Firmado, Jaime Nonet. S. J.

Otro P. Peters suicida. Dice Larrey en su *Historia de Luis XIV*, tomo 1, que el P. Destonches, jesuita, partió de Orleans hacia fin de Diciembre de 1646 y se fué á dormir á una posada en Chartres; viendo que no salía de su cuarto, fueron á llamarle y vieron que estaba tendido en el lecho, muerto, con la cara, garganta y corazón atravesados de puñaladas con un cuchillo que tenía en la mano. Al registrarle se le halló un papel que decía: «prefiero morir á causar la muerte de una infinidad de personas». Además se hallaron cartas poco morales y un billete escrito en griego que podía servir de instrucción á un Ravallac. El P. Destonches había ido con otro jesuita que dicen estuvo en la iglesia mientras él se mató. Por cierto que al saberse este suicidio, un jesuita de Orleans subió al púlpito y dijo que esta muerte no era ninguna deshonra, pues muchos hombres grandes se habían suicidado, de lo cual enterado el obispo de Orleans, le quitó las licencias de predicar.

FRAY GERUNDIO

Cómo era Costa

Durante algún tiempo, vivió Costa en Graus en compañía de su hermana Martina. Al instalarse con carácter permanente en su casa, le dijo el insigne tribuno á su hermana que le daría doce ó ca-

torce reales por la alimentación y cuidados.

Así estuvo cierto espacio de tiempo, hasta que, reducidos sus recursos pecuniarios á un extremo que muchos ignoran, tuvo que decir á su hermana:

—Mira, Martina; de hoy en adelante, tengo que rebajar en dos reales la pensión que te abono. Como no quiero que te perjudiques, te advierto que puedes disminuir en la misma proporción el yantar diario, y que pasaré con arreglo á este nuevo presupuesto.

Claro está que su hermana continuó sin variar en nada su costumbre, haciendo caso omiso de la advertencia de su hermano; pero ocurrió que un vecino de Graus pescó un día unas truchas, se las llevó á la hermana de Costa, y le dijo:

—Toma, Martina; ponle estas truchas á tu hermano como cosa tuya, y sin decir que yo te las he traído.

Efectivamente; aquel día presentó á su hermano los truchas en la comida de mediodía, como extraordinario y con el buen deseo de obsequiarle.

Cuando las vió D. Joaquín, preguntó con extrañeza:

—¿Para quién son estas truchas?

—Para tí, para que te las comas.

—Si ¿eh? Pues ya puedes guardarlas, porque yo, por la cantidas que te doy, no puedo ni debo comer truchas: y que no vuelva á ocurrir.

Y las truchas volvieron á la cocina sin que Costa probara ni una, á pesar de gustarle mucho.

¿Qué tal, republicanos de servilleta?

CESAR ALFONSO

De «Ideal». (Zaragoza).

Diálogo campesino

—Adiós, tío Bartolo, ¿adónde váis con esta hermosa mula? Buena labor haréis con ella este año.

—No, todavía no trabajaré, porque sólo ha cumplido los dos y hasta que tienen tres años, esto es, cuando han adquirido todo su crecimiento o y poder, no conviene poner los animales al trabajo.

—Comprendido, tío Bartolo, porque los animales valen mucho dinero y es cuestión de tratarlos bien para que se desarrollen y vivan muchos años y den todo el provecho que de ellos se puede esperar. Pero hablando de otra cosa ¿os habéis decidido á enviar vuestro mayorcito á la escuela? Digo esto porque lo he visto por el pueblo.

—¿A la escuela? No estamos para que pierda el tiempo. Ha pasado por la aldea con el borrico porque tenía que llevar trigo al molino. En mi casa todos trabajamos.

—¿Pero qué edad tiene vuestro Bartolito?

—Ocho años y ya me ayuda mucho.

—¿Y á los ocho años ha completado su crecimiento y terminada su instrucción y educación? ¿No decíais, hablando de la mula, que no convenía que trabaja-

se hasta haber alcanzado su desarrollo? ¿Por ventura el chico vale menos que los animales de labor?

—Yo trabajo para mantenerle; justo es que comience también él á trabajar para ayudarme.

—También os gustaría que trabajase la mula; pero como vale dinero, habéis calculado que os conviene tenerla sana y robusta y estudiáis lo que le es mejor para su crecimiento y enseñanza en el trabajo; en cambio para vuestro hijo no tenéis estas racionales consideraciones. Vuestro hijo necesita crecer y desarrollarse é instruirse, para llegar á ser un hombre de provecho. Sin embargo, creyendo que estimáis mucho á vuestro hijo, le priváis de lo que necesita, le imponéis un trabajo que debilita su cuerpo y le negáis el alimento de su inteligencia. ¿Acaso le apreciáis menos que la mula?

—Todos los padres quieren mucho á sus hijos y todos hacen lo mismo que yo hago.

—Porque todos sois ignorantes, y bajo la esclavitud de vuestra ignorancia sacrificáis á las infelices criaturas, preparando una generación de hombres débiles y desgraciados. Más adelante, cuando el niño haya crecido, os lo quitarán por fuerza y lo llevarán á morir tal vez en tierra de moros; y si sale con vida, cuando vuelva caerá bajo la explotación de propietarios y capitalistas que le harán trabajar y le quitarán el fruto de su trabajo, de modo que apenas pueda mal comer, sin disfrutar de ninguna de las alegrías del mundo.

—Lo mismo les pasa á todos.

—Es cierto, y aún el vuestro tendrá la ventaja de poderse consolar pensando que si los extraños le maltratan y le explotan, nada tiene de particular, pues á los ocho años ya le explotaba su propio padre.

—Así me trataron á mí también.

—Y os enseñarían á ser un buen cristiano, como vos golpearías á vuestro hijo, á quien negáis la escuela, si un domingo dejase de ir á misa.

—Naturalmente.

—Pues sois un católico de cuerpo entero.

JUSTO SENCILLO

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

FOR
R. H. de Ibarreta
UNA PESETA

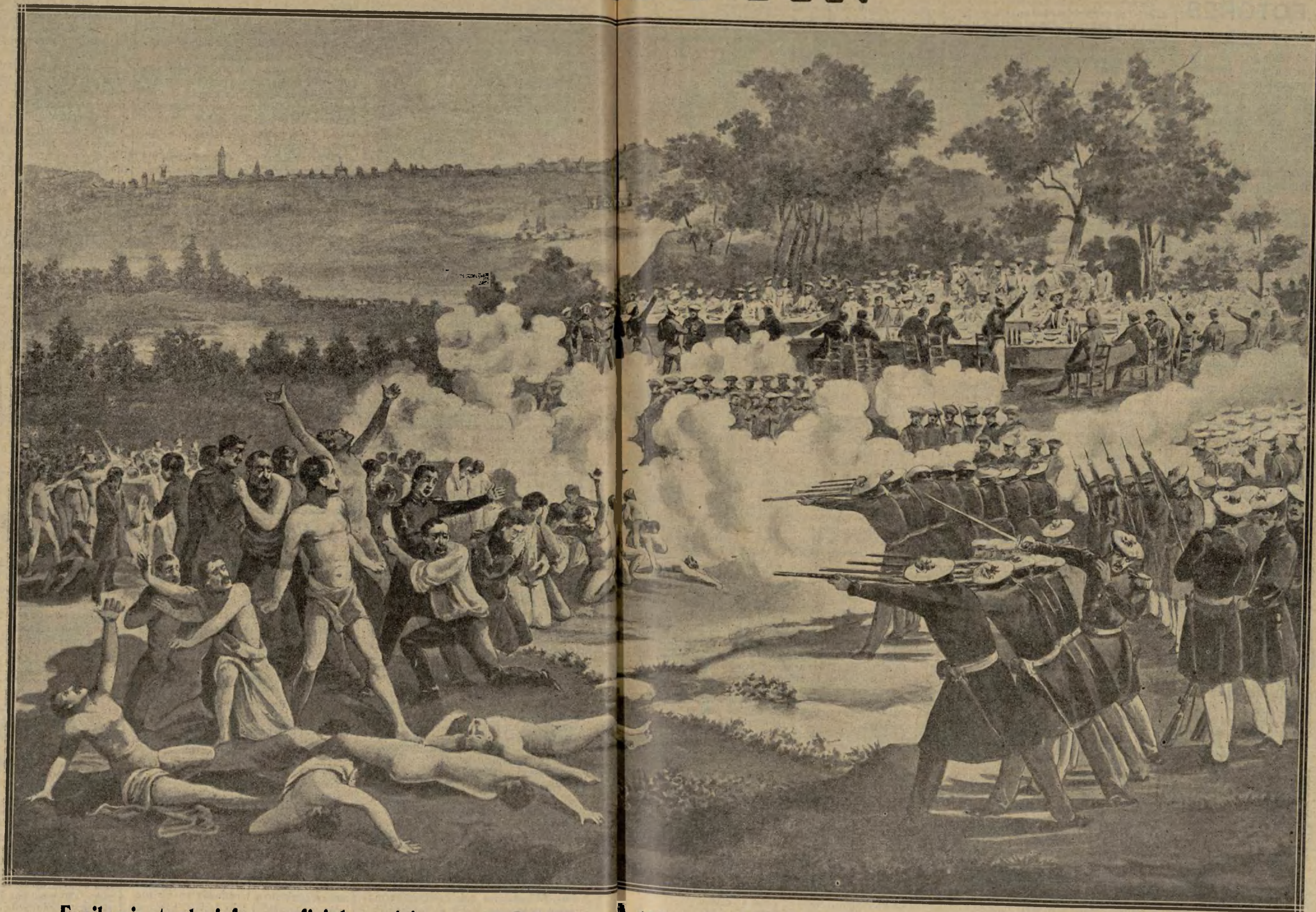
Tarjetas postales

Cuatro colecciones de diez cada una, á 50 céntimos. Tormentos de la Inquisición.

LIBROS Á DOS PESETAS

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo antiolierical», «Puñado de ironías», todas por Nakena.

EL MOTIN



Fusilamiento de jefes y oficiales prisioneros en Bujarsot, el 13 de Abril de 1837, mientras los carlistas celebraban un festín.

Ayuntamiento de Madrid

A MIS LECTORES

Dispénsenme ustedes si prescindo durante dos ó tres números de publicar algunas noticias que me envían sobre hazñas de curas é inmoralidades de frailes, y si no inserto ciertos artículos interesantes sobre asuntos religiosos. Baza mayor quita menor, y necesito disponer de muchas columnas de EL MOTIN para *volcar sobre el carlismo su historia* y ver si así contribuyo á que resurja potente el espíritu liberal, amortiguado en algunos espíritus y moribundo en muchos pechos.

Los clericales hacen correr la voz de que el carlismo es moral, honrado, serio, y la única solución que tiene España, y es preciso desmentirlos con hechos arrancados de su historia, y *referidos por adeptos suyos*.

Y como yo, por los trabajos que hice en 1897 para publicar aquellos 45 folletos de los *Crímenes del carlismo*, y los que he hecho después, y los que estoy haciendo ahora, soy el que está en mejores condiciones para encargarse de esa labor, que además hago con mucho gusto y fina voluntad, me atrevo á rogar á los que me envían noticias ó artículos, que aguarden quince ó veinte días, seguros de que los complaceré luego.

Hay además otra razón que me impide leer todas las cartas que recibo: estoy preparando un libro para sacar de quicio á los carcas, llevo mes y medio dedicado á la busca y captura de datos, y tendré todavía trabajo hasta fin de mes.

¿Que de qué tratará ese libro? En el último número de este mes ó en el primero del próximo se lo diré al curioso lector. Hoy sólo anticipo que no van á ser insultos é improperios los que me prodigarán al leer el título solamente. ¡Con que no digo nada cuando lo lean!

En fin, lo dicho.

El alma del cabecilla

Don Luis de Mas

La majestad caballeresca según habría querido encarnarla Cervantes, vivía allí por entero, en aquel anciano de brillante cabeza, de bigote y perilla blanquísimos, dorados en los extremos por el humo del tabaco. Ni los años, ni los infortunios, ni los achaques, ni la pobreza, habían podido abatir su continente apuesto y gallardo, ni hacer palidecer su sonrosada mejilla. Entre un enjambre de ricachones montados en lucidas cabalgaduras, él, á pie, era el único que se destacaba como caballero rodeado de ganapanes.

Y como él, su numerosa familia de ocho ó diez varones y otras tantas hembras, desde cuatro á treinta años, todos habían adquirido ese sello peculiar que hace resplandecer la nobleza aun envuelta en harapos, y que irradiaba la sublimidad perenne del alma aun cuando el cuerpo sea corroído por todas las desgracias.

Raras veces cruzaban las calles de la ciudad. Su casa solariega colocada en las afueras, á cien metros de la muralla, llevaba el nombre de *El Escorial*, no porque en su exterior guardase parentesco con el mamotreto monumental del fatídico Felipe II, sino por cierto simbolismo espiritual que no he sabido penetrar. Este monumento era un caserón con retoques de palacio. Estábanle adheridos algunos minúsculos edificios que debieron ser vivienda de la servidumbre. El camino vecinal mordía la pared de lo que antes fueran jardines. La puerta siempre cerrada; los balcones siempre velados por las persianas. Una glorieta formada con artístico tejido de cañas y vestida de enredaderas, colocada en el ángulo del jardín, semejaba delicioso nido, por cuyas ventanas asomaban las cabezas de los pequeños y de sus madres jóvenes.

Era aquella mansión un santuario. Los moradores salían los días festivos á primera hora de la madrugada, cuando el día estaba aún lejano: como hadas desfilaban silenciosos por el corto camino, entraban en la primera iglesia, oían misa y regresaban presurosos y silenciosos á aquel lugar encantado cerrado á todos los profanos, sin que en los muchos años que llevaban de aquella vida, el sol pudiese envanecerse de haber visto el clarearse de la trama de los vestidos de las damas, ni lo raído de los tacones de los botines, ni el cambio de color de las levitas y casacas.

Con los compañeros de seminario pasábamos por allá con frecuencia. Y al aproximarnos á aquella mansión, se sentía cierta influencia extraña que apagaba gradualmente las conversaciones más animadas y frenaba los genios más retozones. Al llegar á la tapia del *Escorial*, todo alboroto cesaba: el silencio saludaba al monumento y la gente se alejaba con una tristeza plácida é irresistible.

— Dos de los hijos, Carlitos y Luis, vinieron á ser discípulos míos. No sé cómo fué que intimamos, y fui invitado á penetrar en aquel santuario. Tenía yo unos quince años. Me había significado ya por mis ardores belicosos. Como mi padre y mi abuelo habían sido cabecillas de hombres, era yo cabecilla de niños. Excuso decir que estos niños, hombres y cabecillas, eran de carlistas: carlistas del llano de Vich, que fueron siempre de los más tenaces y fieros. Y de mi abuelo, al dar noticia de su fusilamiento la *Gaceta* con la fórmula «él, ocho oficiales y el corneta, dejaron de existir», le señalaba con esta hoja de servicios: «era uno de los más sanguinarios y violentos». Fué fusilado, y no me quejé; él había fusilado á otros y le tocó la sentencia «quien á hierro mata, á hierro muere». No me quejé de la esquila mortuoria que le dedicó la *Gaceta*. Si hubiese triunfado el partido, la misma *Gaceta* habría dicho otra cosa.

Con el abuelo fué medio fusilado mi padre, que luego fué el hombre más pacífico, y que en ochenta años de vida estuvo expiando los delitos del suyo... y del fracaso. Y fuimos medio fusilados los nietos, de lo cual tampoco me quejé. Si hubiese triunfado el carlismo, en vez de ser nieto de «uno de los más violentos y sanguinarios cabecillas», lo sería de un bravo y osado general, y habría vivido refocilándose con sus títulos y lucros que ahora llamamos robos, y yo sería quizás el continuador del linaje de sanguinarios, olvidado de las víctimas que los míos causaran y

que yo seguiría causando. No me quejé de recibir el legado del *escarmiento* y agradezco esta herencia de la responsabilidad y de la reflexión que me permite verter en el papel estas reflexiones.

Sería, pues, por lo de *cabecillas* la razón de intimar con esta familia. Porque D. Luis de Mas, que así se llamaba el jefe de la casa, había sido en la postrera guerra civil coronel de Estado Mayor de Carlos VII, ingeniero no vulgar é inventor de algunos recursos bélicos.

Pero confieso ingenuamente que entre cabecilla y cabecilla había diferencia. Yo había tratado hasta entonces á algunos cabecillas; los que más, Pedro Grau, José Galcerán, Sobrevias, el capellán de Miret, y muchos de los que fueron oficiales del requeté de Clemens. Por mi casa había visto desfilar, en edad que apenas podía recoger las impresiones, desde D.^a Blanca á Lizárraga; Saballs y Hauguet me eran familiares de vista. Pero terminó la guerra cuando yo tenía siete años; no podía ver los espíritus, y menos compararlos y menos juzgarlos. Después, sí; al entrar en casa de Luis de Mas, ya comparaba... ya juzgaba.

Me obligó á comparar el choque que sentí entre mis *ideas* de cabecilla *sanguinario* y el coronel de Estado Mayor. Yo llevaba el alma de faccioso; él era el tipo militar.

Por primera vez en la vida sentía la influencia de un caballeresco héroe de un ideal. Sus fines eran muy otros, sus entusiasmos muy otros, muy otras sus intenciones y procedimientos. Yo llevaba un espíritu formado por aquellos otros *cabecillas* que me explicaban con deleite morboso, con verdadera embriaguez, las escenas más horribles: el taladro de los cuerpos, el destroz de las vísceras, las convulsiones de los moribundos, los asaltos, los incendios, la devastación, la sorpresa astuta... Pedro Grau... sobre todo Pedro Grau...

Y á medida que iba tratando D. Luis de Mas, cobrándole respeto, admiración y adoración, iban decayendo á mi vida anterior aquellos otros ídolos hasta convertirse en seres monstruosos y en genios infernales.

Don Luis llevaba una vida de extremado retraimiento interior. En todos sus gestos y palabras destilaba fineza y majestad; envueltas en una gasa de tristeza. Esta misma tristeza la había conocido yo en mi padre.

Ni el uno ni el otro tenían el semblante hecho para la risa. Cuando intentaban reír, su risa era melancólica, triste también como la sonrisa de ciertos espíritus místicos.

Debía hacer muchos años que no sentía la alegría explosiva. Y á semejanza de todo adquiría ese tinte gris, de una profundidad inquietante.

Las ondas de la vida doméstica eran también suaves.

Esta vida grisácea estaba en contraste con aquel cielo de fuertes luces, con el paisaje de tonalidades extremas y con aquel clima cruel y tormentoso.

La juventud y la niñez de los hijos se contagiaban de esa misma entonación.

He visto este matiz de vida en casas conventuales y en familias enfrailadas: es el barniz que da la frialdad de sepulcro á los hogares.

Pero aquella casa no era gazmoña. El artificio religioso como el social, no cabían en aquel santuario de la franqueza noble y de la sinceridad bizarra.

Mucho me costó dar con el secreto de su estado espiritual, y helo aquí:

D. Luis de Mas había hecho la guerra civil como coronel del Estado mayor. Había sentido el carlismo como ideal, y lo había conocido prácticamente.

A él había sacrificado su fortuna, su familia, su carrera, el prestigio de su linaje y la severidad de su nombre. El hacía el sacrificio en el altar del ideal; pero la realidad le había convencido de la inutilidad de sus sacrificios. Carlistas como él había pocos; muy pocos. Los más no iban a sacrificarse por el bien público, sino á hacerlo víctima de sus concupiscencias.

Y vino la derrota definitiva. Y le asombró con el más terrible de los desencantos.

En las arcas guardaba el papel de la *Deuda carlista*, que representaba el porvenir de los hijos, su educación, su carrera, su patrimonio. Las necesidades y gastos domésticos aumentaban; cien veces al día tenía las llamadas de estas necesidades... ¡Y él se sentía impotente!...

El pundonoroso caballero quedaba avasallado y afrentado por los lloros de los pequeñuelos... El noble intachable que no encorvó su cerviz á la lisonja de los poderes del mundo, sentíase derribado á presencia de los zapatos raídos del colegial, y ante el aviso de matrícula del estudiante, y ante aquellas hijas de hidalgo, degradadas de su clase y posición y expulsadas de los salones y paseos...

Don Luis reconocía ser el tirano de sus propios hijos: haber sido el ladrón de su patrimonio y el malversador de sus rentas... Pero cuando llegaba á su grado máximo la fuerza de esta visión era á las horas de comer.

La larga mesa rodeada de su esposa, hijos y nietos, esperaba en el comedor la entrada del venerable Patriarca.

La aparición de un Mago en el templo no habría sido más solemne.

El anciano ocupaba la presidencia. De repente su majestad patriarcal falseaba... Su voz denunciaba al exterior el estado deprimido de su espíritu.

Aquella mesa de aspecto palatino, era en la sustancia la mesa de un mísero artesano, para cuya provisión la señora de la casa había tenido que echar largas cuentas y verter no pocas lágrimas.

Y todavía aquel sencillo agape había costado grandes sudores al venerable patriarca, que trabajaba noche y día... De noche en el estudio y confección de planos de ingeniero... de día cavando como jornalero la tierra del que fué antiguo jardín de solaz y recreo, última finca que le quedaba de su estado señorial, y que con el sudor del trabajo se había convertido en huerta fructífera.

En este trabajo y tortura interior pasaba D. Luis los días, los meses y los años repasando su historia.

Había luchado por Dios, y Dios derramaba las riquezas á los contrarios, en tanto que su hogar era invadido de la escasez.

Había luchado por la Iglesia, y esta se había pasado con el vencedor, dador de prebendas y distribuidor de títulos ostentosos.

Había luchado por D. Carlos, y este entraba en inteligencias con la dinastía reinante y se recreaba en las Cortes soberanas.

Y repasaba los dramas de la guerra, oía las blasfemias del ejército de creyentes, veía los robos de los soldados de la mora-

lidad, los escándalos de la corte del rey de la virtud, el escarnio religioso de la falange católica...

Y veía en el Vaticano adorado al becerro de oro y al clero entregado á la simonía...

Y la escasez de los suyos, y la anemia de sus pequeñuelos, y el hastío de sus hijas ya crecidas, y la apretura de los mayores...

Y miraba el papel moneda carlista, y el oro que sacó de sus arcas, y los sacrificios hechos, y sus estados reducidos á una huerta...

Vedle allá, en el rincón más lejano de su huerta, detrás de los jóvenes manzanos y perales, luciente su cabeza, nívico su cabello, mirando al suelo, sentado en un pozo, los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos...

Medita... recuerda... filosofa... cuenta... sufre... ¡El carlismo! ¡qué error!... ¡qué desgracia para los que se hicieron verdugos é instrumentos suyos... qué desgracia para las víctimas... qué desgracia para la patria... qué vergüenza para la religión... qué ultraje para la humanidad!...

Es el filósofo que se olvida de sí mismo y se fija en el gran ideal de la humanidad y de la justicia.

—Don Luis... ¿Estorbo?

—...¿Tú por aquí?... Me alegro... Estaba pensando... pensaba, ¿sabes?... ¡He vivido tanto... hay tanto que recordar!... Vamos á dar una vuelta... Pensaba... ¿sabes?... Tu padre debe pensar también... Pues sí... ¿Sabes? Se me ha ocurrido una idea... Los injertos aquellos que hice hace dos años, ¿te acuerdas?... Verás qué tres clases de peras más hermosas y más ricas... No hace otra... estoy seguro... A esta le pongo el nombre de Pera-Margarita, y es la más pequeña, pero la más fina... Esta otra Pera-Carlos... Esta otra Pera-Jaime...

...¿Sabes?... (y don Luis sentía la conciencia luchando con el impulso de su pasado) ¡Qué hacer! ¿Cuando uno ha llegado a viejo!... Se lo escribiré á D. Carlos... ¿Cuando uno ha pasado la vida defendiendo una causa!... ¿sabes?...

He aquí el tema de un capítulo que Paul Bourget no puso en su libro *Les Detours du caecer*...

S. PEY ORDEIX

La burguesía no cree en nada; mas por eso mismo está «convencida» de que la religión le es necesaria al pueblo.

BEBEL

Filosofía social

Todos los hombres que piensan, empiezan á sentir que debe venir un gran cambio. ¿Qué cambio será éste? Ningún mortal puede decirlo. El mundo civilizado está sin duda alguna en visperas de un gran movimiento: O será un salto hacia adelante que abrirá el camino para una civilización jamás soñada, ó será una caída en el abismo que nos hará retroceder hacia la barbarie.

En nuestro tiempo como en el pasado se van deslizado insidiosas fuerzas que al producir desigualdad, destruyen la li-

bertad. En el horizonte empiezan á acumularse las nubes. La libertad nos llama de nuevo. Debemos seguirla; debemos tener en ella completa confianza. O la aceptamos enteramente ó desaparecerá. Los hombres deben tener libertad para aprovechar las ocasiones naturales y los medios de vida, debe haber perfecta igualdad en cuanto á los dones de la naturaleza. Esta es la ley universal. Esta es la lección de los siglos. La armazón social no puede mantenerse si sus cimientos no descansan sobre la justicia.

X.

Las corridas de toros

Las corridas de toros son un vicio de nuestra sangre, envenenada desde muy antiguo. Quizá hayan sido muy convenientes, ó lo sean todavía, como derivativo atenuante de mayores ferocidades. Si no se tostara á los toros en las plazas, tal vez tostaríamos herejes en las hogueras inquisitoriales. Como en las antiguas y bárbaras religiones, al dulcificarse sus prácticas religiosas el animal ha substituido á la víctima humana en los sacrificios expiatorios.

Lo incomprensible es la pasiva indiferencia, que en este caso es aprobación y asentimiento, de la Iglesia católica ante las corridas de toros. Tan celosa en fulminar anatemas contra los errores de pensamiento, más involuntarios y disculpables, no lo es del mismo modo contra estos errores de acción.

Las blasfemias y los pecados de las plazas de toros no le preocupan á la Iglesia como una sola vacilación espiritual. Díríase que todo lo teme de la inteligencia y nada teme de la brutalidad. Para la inteligencia son todos sus rigores, para la brutalidad sus más indulgentes sonrisas.

Consecuencia de esta indulgente disposición de la Iglesia hacia las corridas de toros, es el gracioso favor de las más nobles y católicas damas, que nunca protestaron contra la salvaje fiesta. ¡Ellas, todo suavidad y dulzura y sentimientos cristianos! ¡Ellas, que por menos de nada protestan contra el periódico, el libro, la comedia! ¡Ellas, que por combatir algo menos pecaminoso y anticristiano, fundan sociedades y ligas y apostolados!... contra las corridas de toros, nada! Asisten complacidas y autorizan con su presencia una fiesta de sangre, en la que pueden morir sin confesión, en pecado mortal, un hombre, un prójimo, una criatura humana; una fiesta en que tanto se ofende á Dios y en que tanto se rebaja la dignidad del hombre!

A despecho de toda lógica, sucede entre las mujeres españolas, que justamente las que menos alardean de sus sentimientos religiosos, son las menos aficionadas á las corridas de toros. Las mujeres de nuestra clase media, las menos devotas, son también las menos toreras. En cambio las damas de nuestra aristo-

cracia, las más tocadas de devoción, son el mejor ornato de las corridas. Entre las mujeres del pueblo también suele ir unido el fanatismo supersticioso—no es otra cosa el sentimiento religioso en la mujer del pueblo,—a la furia torera. La estampa de la Virgen de la Paloma y el cromó de Vicente Pastor, no suelen estar muy distanciados.

Entre los hombres, también podéis estar seguros de que el aficionado a los toros es siempre un espíritu *fetichista*, de estampitas, un retrógrado siempre. Son los que no comprendieron ni amaron nunca una idea si no la vieron personificada en el ídolo, en la estampita milagrera.

JACINTO BENAVENTE

Ideas sobre mancomunidades

Cuando los innumerables arbitrios, impuestos, contribuciones, subsidios y socialinas de todas clases, nos extraen ya, en total quizá, más del ciento por ciento de los ingresos legítimos (obligando a los españoles a vivir de la defraudación ó de ingresos ilegítimos libres de impuestos), y cuando por ello nos espanta oír (claro es que sólo a los chupópteros presupuestivos) que aun están *indoladas* las haciendas municipales, las haciendas provinciales, y la hacienda del Estado, nos aturden los expresados chupópteros sosteniendo que hay precisión de crear las mancomunidades.

Pero, señores: ¿les parece á ustedes que aun hay pocos organismos, siendo á todos notorio que, cuando menos, sobran las Diputaciones provinciales?

Cada organismo público es una colonia de nuevos insectos procreadores, mucho pecres que la langosta: los caciques presupuestivos.

Y cada presupuestivo de primera magnitud crea el infinito número de plazas que necesita para los innumerables presupuestivos de menor cuantía que él procrea.

Claro es que tales creaciones jamás tienen por objeto la conveniencia pública, sino mantener á los parientes, amigos, paniaguados y partidarios del cacique presupuestivo.

Y así los Ayuntamientos, las Diputaciones y el Estado derrochan veinte veces más de lo preciso, para que coma un personal que no trabaja realmente una hora diaria, cuando en los Ferro carriles y en todas las Empresas en que no se defrauda, los empleados trabajan verdaderamente ocho horas, como es debido.

Sabido esto, crear los organismos intermunicipales é interprovinciales, llámense como se llamen, será indefectiblemente multiplicar al infinito las colonias de chupópteros presupuestivos grandes y chicos.

Enseguida hablarán dichos chupópteros (¿cómo no?) de que es preciso dotar la hacienda de las mancomunidades, por-

que sin dinero nada se puede hacer. Y como los presupuestivos gozan inmenso tino para repartir, se comerán sin dilación la mejor y mayor parte.

Después se sacarnos las nuevas *haciendas* mancomunadas de la piel y aún de las entrañas, pues lo que es de los bolsillos no habrá quien pueda sacar un céntimo.

¿Le parece á usted poco, señor Canalejas, «la sustitución de los consumos», *dejando como estaban todos los precios, si es que no han aumentado*, y sacándonos además, eso sí, muy directa y brutalmente, las enormes cantidades que importan los substitutivos?

Y la creación de las mancomunidades dejaría pequeña á la cuarta supresión de los consumos.

¡Organismos! Cuantos menos mejor. El estómago del personal superior de cada uno es una sima sin fondo.

Buena administración en que no se derroche á mansalva y no se haga escarnio de las leyes quebrantándolas á su gusto los caciques y hasta los últimos empleados, sin que jamás se les exija responsabilidad.

¡Eso es lo que hace falta!

Z

Suscripción "Sánchez-Pérez,"

Después de cerrada, se han recibido las siguientes cantidades:

	Pesetas.
Suma anterior.	14'00
Andrés García Revuelta. (Santander).	2'00
Francisco Toca. (Idem).	5'00
F. Albarrán. (Olvera).	2'00
Antonio Moreno. (Cabra).	1'00
TOTAL.	24'00

LOS NEUTROS

Es preciso dar un alma, como toda alma inmortal, á esta nación nuestra que parece que vive sólo para el momento presente. —(Cánovas del Castillo.)

—¿Qué piensa usted de las cuestiones políticas pendientes?

—Amigo mío, no pienso nada. Yo no entiendo de política, ni quiero entender. En ese terreno soy neutral. Ventilen ustedes sus diferencias; resuelvan ustedes la política que ha de prevalecer, y déjenme á mí trabajar, porque trabajando laboro por la patria y cumplo al mismo tiempo mis deberes de padre de familia y de buen español.

—Pues con esta regla de conducta cae

usted en uno de estos supuestos: ó no concibe el distinto influjo que en la marcha y porvenir de un pueblo tienen las soluciones políticas, en cuyo caso es usted un imbécil irredimible; ó lo concibe, y deseando el triunfo de lo que considera bueno, no rinde á la patria el tributo de una parte de su actividad, de su tiempo y de sus entusiasmos, en cuyo caso es usted un egoísta despreciable; ó concibiéndolo le es indiferente ó le agrada porque le conviene que triunfe lo malo, en cuyo caso es usted un malvado reconocido.

Imbécil, egoísta ó malvado, el neutro en política, el que elude la participación en la gran batalla, de la que depende la grandeza ó el abatimiento de su país, la prosperidad ó la ruina de sus conciudadanos, el auge ó la humillación de sus hermanos de raza y de espíritu, eso es. No puede ser otra cosa. Carece de ideas, y si las tiene, no las sirve ó las traiciona. ¿Porqué aberración incomprensible ha podido considerarse nunca como una forma de la elegancia espiritual el desdén por la política? ¿Quién reputará honrado al que, en presencia de un siniestro, se inhibe de cooperar á la salvación de las víctimas? Pues cuando las víctimas son la libertad ó el derecho, la conciencia, la patria, en suma, porque no hay patria donde aquellas prendas han fenecido, la pasividad es aún más incompatible con la honradez.

Pues esa es, á la hora presente, la situación de una parte de España, y el cronista sincero no puede negarle su comentario para zaherirla y espolearla. Hay que hundir el acicate en las fibras de este manso pueblo, que confunde las fatalidades de la vida con las resignaciones del envilecimiento. Más de la mitad de los españoles contemplan inertes el alcance de la vida pública, y acaso apartan de ella sus ojos con hastio. De sus indiferencias y sus mansedumbres se forjan las audacias de los rapaces, los corruptos y los vividores. Con apatías y ceguerras se amasan los desmayos, pusilanidades é impotencias de los buenos. Su deber es luchar, combatir por lo que crean digno del combate, porque ese es el deber de todo hombre, y delegar miserablemente los azares y las glorias de la batalla en manos ajenas, á arbitrio de los destinos comunes.

Esa es la herencia legada al espíritu patrio por el régimen absoluto y por las enseñanzas teocráticas. Siguiendo sus consejos, y cuando les hizo falta, sus imposiciones, resignamos la dirección de nuestro patrimonio temporal en los reyes y sus validos, y del patrimonio espiritual en la Iglesia y sus ministros. Se repartieron la propiedad de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu, y nos emparedaron entre la sumisión y el egoísmo, fomentando en su provecho, como excelsa virtud, esta vergonzosa renuncia á la virilidad. Y el egoísmo traducido en la vida social por la indiferencia, por la actitud neutra en las contiendas de la vida pública, es el precursor ó el compa-

fiero ineludible de todas las decadencias; porque implica una restricción de la fecundidad del espíritu, que lleva á comprender las grandes ideas, y de la fecundidad del corazón, que mueve á abrazar las causas generosas.

La lepra de la voluntad nacional está en esa inercia. «La vida es del rey, el alma de Dios.» No: ni la vida ni el alma son más que del deber, y el deber no se delega, se cumple. Porque la «vida era del rey» y con ella cuanto de su virtud dimanaba, un soberano como Carlos V pudo llevarnos á la cima, y otro soberano como Carlos II, á la abyección. España, no fué; la llevaron á remolque de los Poderes temporales y espirituales; serpenteó nuestro pueblo infeliz al través de la Historia, inconsciente de su destino, ignorante de sus derechos, grotescamente ufano á veces de su miseria, su grosería, su humillación. Los que hoy se apartan de las luchas políticas y piden licencia para recluirse en los afanes de su labor personal, extraños al rumbo colectivo, son los continuadores de aquellos miseros, intoxicados por interesada división de menesteres que los déspotas y la Iglesia les imbuyeron para no poner sus concupiscencias á salvo de todo pensamiento irreverente y de toda represión vengadora.

La pasividad nunca es más que una voluntaria impotencia, una úlcera de ánimo, que, como todas las lacerias, hay que esconder y curar. Para proclamarse neutro en política es preciso ser de raza de esclavos. No; para tener un Dios no hay que pedirlo á los demás hombres, si no encontrarlo en el fondo de nuestra conciencia; para hallar la verdad no hay que esperarla de la letra muerta de un libro, sino iluminar nuestro entendimiento; para poseer una patria no hay que recibirla de otros ni encomendarla á su cuidado, sino crearla y amarla en nuestro propio corazón.

Por eso el más ritualista no es el más religioso, ni el más erudito el más inteligente, ni el más sumiso el más patriota. En la gran cooperación humana, nadie puede eximirse de aportar sus fuerzas y su sacrificio al tesoro común de energías, á cuya costa vamos elaborando penosamente, en curso de los siglos, la gran trinidad del espíritu: una moralidad, una ciencia, un derecho. Quien escamotea su concurso nos hurta una parte de nuestro caudal. Aute la forzosa y sagrada solidaridad de las abnegaciones, el egoísta equivale al ladrón. El predominio de los neutrales supone la muerte de un país, frente al cual sólo quedarían dos caminos: la disolución ó la esclavitud.

BALDOMERO ARGENTE

LA REGLA

De niño me inculcaron con seriedad que se debe decir *la casa* y no *el casa*, *yo como* y no *yo comes*. Se obstinaron igualmente en asegurarme que *tarde* es un advverbio y

sobre una preposición. Cuando había aprendido bien una regla me descubrían que no era tal regla, que había i numerosas excepciones, las cuales, á su vez, tenían excepciones. Al fin me libré del *celigio* y me di prisa en olvidarlo en él había sucedido. Con asombro noté que no me hacía falta saber gramática para hablar castellano.

Asombroso me pareció también que, personas que no conocen la anatomía ni la fisiología del estómago, digieran durante largos años imperturbablemente. Cuando me hube habituado á estos hechos, especifiqué que las reglas no tienen quizá la importancia que los académicos y los cómines quisieran. Les verdaderos libros, y vi que el talento y el genio suelen fundar la gramática futura sin molestarse en saludar la presente. La policía aduanesca de mis profesores perdía su prestigio. De dictadores pasaban á coistas. En argados de medir el idioma, creían engendrarlo.

—*Hombre* se escribe con *h*, me corrigieron un día.

—¿Por qué? pregunté tímido.

—Porque viene del latín *homo*.

—¿Por qué entonces no escribimos todo igual: *homo*?

—Silencio!

Observé en los ojos del maestro la misma furia del presbítero que nos dictaba doctrina cristiana. Una regla no se discute. No se discute el Código ni el catecismo. Explicar una regla es profanarla.

Escribir *hombre* sin *h*, ¡qué vergüenza! Y si en italiano se escribiera *uomo* con *h*, ¡qué vergüenza! Si una mujer soltera tiene un hijo ¡qué vergüenza! Y si un hotentote encuentra virgen á su esposa, ¡qué vergüenza!

No examinéis las reglas. Examinar es desnudar, y el pudor público no lo permite. Pertenece, si podéis, á la innumerable, á la invencible clase de los archiveros, guardianes y administradores de LA REGLA; y si no podéis, doblad el pescuezo. Pensar, es exponerse á ser decapitado, porque es levantar la frente.

La regla es la mentira, porque es la inmovilidad; pero no la digáis, no la déis á entender; defended el pan de vuestros hijos.

RAFAEL BARRETT

LA NOTA DE "EL DIA"

Los dos grandes partidos americanos, el Republicano y el Democrático, hechas ya las postulaciones para la próxima campaña electoral, han disuelto las asambleas que á ese solo objeto convocaron; las nacionales, las provinciales, las municipales, todas.

—¿Pero cómo es eso, preguntarán nuestros lectores, y quién dirige allí á los partidos?

—Pues nadie; los partidos allí se dirigen á sí mismos.

—¿Luego no hay asambleas nacionales, ni provinciales, ni municipales?

—No.

—¿Y no hay asambleas primarias ni comités de barrio?

—No; todos esos organismos se crean al único objeto de hacer las postulaciones. Y en seguida se disuelven.

—Pero habrá Comités Ejecutivos que dirijan.

—No: los americanos no tienen esos organismos, ni ningún organismo director ni permanente.

—Pero, ¿habrá jefes? ¿Los partidos tendrán jefes?

—Tampoco: no hay jefes; allí nadie es jefe de nadie. Todos son correligionarios.

—¿Y quién vela por el programa?

—Nadie; los partidos americanos *no tienen programa*: allí no hay más que *plataformas electorales*, en las cuales se presentan á la opinión nacional las soluciones (soluciones verdad) que los partidos ofrecen al país en el momento histórico en que la elección va á verificarse.

—¿Y quién *fiscaliza* á los periódicos de los partidos?

—Pues nadie: en primer lugar allí los partidos no tienen periódicos: periódico de partido es un periódico que el partido paga, ó subvenciona, ó crea, ó sostiene, un periódico *que vive del partido*. Y allí eso no se usa: allí sucede lo contrario; los partidos viven de los periódicos; los periódicos son los que dan vida á los partidos, son la savia de los partidos, son los portavoces de la opinión que allí es la savia nacional.

—¿Y cómo escriben los periódicos?

—Pues como les da la gana; y si gusta bien y sino también. Nadie se mete en eso.

—¿Pero así los partidos no contarán con muchos periódicos que los apoyen?

—Al contrario: así es como *los tienen*: el partido republicano cuenta con el concurso (voluntario) de *cinco mil* periódicos.

—No lo entendemos.

—Es natural: aquello es un medio *grande*: este un medio *pequeño*.

El sistema que en Cuba siguen los partidos, el sistema de organización, de conducta y de procedimientos, es un sistema anticuado, arriesgado, creador de eternos rozamientos y conflictos.

Las asambleas permanentes, nacionales, provinciales, municipales y primarias, engendran en toda la línea, desde lo más bajo á lo más alto, el *caciquismo*, el caudillaje político, y enervan las fuerzas: muchos no concurren sino han de ser *del comité ó la asamblea*.

Los programas de partido es de lo más *pueril* que se conoce: se hacen el año *uno* para el año *diez* ó el *veinte* en que los problemas ó movimientos de la opinión son muy otros; nadie conoce ni se acuerda de los programas: son un papel mojado, una bobería. En cambio las plataformas electorales son una realidad; responden á problemas del día que interesan á la nación, son compromisos cercanos y solemnes que se contraen con el país.

¿Y los jefes? Pues otra práctica de *Indias*; en ningún país de gobiernos ó movimientos de opinión tienen los partidos *jefes*: lo que tienen son grandes concentraciones de voluntades afines, grandes concentraciones de elementos representativos sociales. Lo de los *jefes* mata los

partidos, retrae á los elementos de valer, restringe, empujea el círculo común.

Es aquí donde somos cuatro gatos, de los cuales tres no hacen política, y lo de los jefes ha sido la causa (por su propia esencia) de las camarillas que siempre han padecido nuestras agrupaciones políticas de todos los tiempos. ¡Como que el mal está en la factura!

En los Estados Unidos, donde todas las clases sociales intervienen en la vida pública, donde hay una gran cultura media y una gran riqueza y noventa millones de habitantes!, es decir, donde hay una gran densidad de elementos representativos concurrentes, ¿cómo podrían ser unos cuantos, jefes de tantos otros de igual ó mayor valimiento é influencia?

Además, y aun aquí mismo, ¿quiénes son los jefes? ¿Las asambleas, jefes colegiados? ¿Los individuos, Fulanito y Ciclanito? Y en eso de jefes ¿dónde empieza y dónde acaba? ¿Quiénes son jefes y quiénes subditos? ¿Para cada uno el que á uno le guste? Un ciempiés y una anti-gualla: una fuerza enervante.

Y lo de la fiscalización á los periódicos? Una verdadera aberración.

Y no lo decimos por nosotros que no admitimos fiscalización de nadie: el día que nosotros supiéramos que la dirección (ya que aquí hay dirección) del Partido Conservador (al cual hemos brindado nuestros favores) encontraba que la *Nota del Día* no encajaba en los programas, moldes, excíclicas, etc. de la agrupación, lo que haríamos era relevar al Partido del concurso de la *Nota del Día*. Y la escribirlamos entonces con la libertad del ave. La *Nota del Día* no tiene más guía ni más inspiración que nuestra rectitud, nuestra conciencia y nuestra voluntad, nuestra libre y absoluta voluntad.

Hay quien cree que la *Nota del Día* le ha hecho mucho bien, que le ha sido muy útil al Partido Conservador; pero el día que no la quieran tener, no tienen más que avisar.

Lo de la fiscalización de los periódicos no puede ser más ridículo; en primer lugar, porque aquí ningún partido tiene periódicos (no tienen con qué tenerlos). Eso es producto de lo corto de la esfera en que giran nuestros partidos.

Supongamos aquí á un partido que contara con quinientos periódicos á él favorables: ¿quién era el miembro del Tribunal del Santo Oficio que los recorrla, clasificaba, juzgaba y mandaba consumir el auto de fe? (darles candela).

Todas esas son prácticas de tiempos viejos; por activa y por pasiva nostalgias de históricas raíces.

Y, sin embargo, ¿cómo pesan, cómo pueden esas nostalgias!

Entre nosotros ni siquiera se concibe la organización y modus operandi de los partidos americanos, el pueblo de la tierra donde es más efectiva la acción de la opinión. Cuando nos hablan de eso nos parece que nos hablan en el idioma de Júpiter ó Saturno.

De ahí nuestra política siempre limitada, siempre raquitica, que no logra interesar, que no penetra ni logra mover á las grandes representaciones sociales.

Tienen nuestros partidos asambleas, comités, jefes, programa y fiscalizaciones periodísticas. Y les falta base, les falta substancia.

En cambio en los Estados Unidos les falta todo aquello y les sobra base, les sobra substancia: son allí los partidos verdadero nervio nacional.

Fenómenos de psicología de los pueblos cuyo estudio resulta tan interesante como inútil.

EDUARDO DOLZ

El Día (Habana).

El freno religioso

Don Víctor Domenech Llerena, comerciante, regresaba tranquilamente á su domicilio, en Torreblanca, sin recordar que tenía un hermano fraile.

Suena un tiro de pistola, y cae muerto. ¿Quién se lo había disparado? El de la capucha.

¿Causas? No las sé; mas dícese que por haberle negado 250 pesetas para marcharse á América.

El juzgado entiende en el asunto y el fraile está preso.

No sé que sería de la pobre Humanidad sin el freno religioso.

Las santas casas

Copio de la *Juventud Obrera* de Guadalajara:

«Ya han dejado de llorar algunos demócratas de sacristía con motivo de la marcha de las Monjas de Santa Clara.

En su fervor místico han llegado hasta el extremo de llamar canallas y borrachos á los obreros que sean ocupados en el derribo de ese inmundo y ruinoso edificio.

Para vocabulario grosero el de esos clericales.

Merecían que los atasen á la argolla que tenían preparada las Monjas, para las Madres que se volvían locas.

Y a propósito de esa argolla:

Todas cuantas personas han visitado ese convento, han tenido ocasión de contemplar un cuarto cuya puerta estaba provista de dos fuertes cerrojos y dos cerraduras.

A la izquierda de esa puerta había un ventanillo con su mirilla y un hierro con candado para que no se pudiese abrir.

En ese cuarto y á una altura de treinta centímetros se veía una argolla de hierro adosada á la pared.

Las Monjas, que antes de abandonar el convento destrozaron el coro y la iglesia para llevarse altares, sepulcros y estatuas de mérito, no tuvieron la precaución de hacer desaparecer del cuarto citado las señales del martirio, cosa de que ahora se ha cuidado alguien, pues ya no está la argolla ni el ventanillo con la mirilla.

No ha quedado más que la puerta con las dos cerraduras.

Dicen que ese cuarto estuvo destinado á una Monja que se volvió loca.

¿Pero es que además de tantos cerrojos y cerraduras, había necesidad de amarrar en blanco á aquella desgraciada enferma?

¿Pero vaya unos sistemas de curación que se usan en los Conventos!

Juventud Obrera.

EN UN CAMINO

El pasajero.—¿Por qué estás hundido en el fango y por qué lloras?

El obrero.—¡Ay! Hace ya tres días que camino y no he comido nada. Estoy rendido.

El pasajero.—¿Dónde vas, pues?

El obrero.—Adelante, siempre adelante. Durante la cosecha he trabajado y he cantado... ¡Era tan bueno el pan duro! Ahora las gavillas están bajo techo, las labores han concluido, las grandes máquinas trillan el trigo y la cebada en las granjas que no quieren ya el trabajo del hombre; y mi amo me ha dicho: «¡Vete!» Entonces me he marchado... He llamado á todas las puertas, ninguna se ha abierto... No había trabajo para mí... ¡Ay! ¿Lo ves? La tierra está vacía... Pronto quedarán arrebataadas las hojas, la nieve blanqueará el suelo; la nieve, bella y cruel como la mujer; la nieve, que mata á los pájaros y á los vagabundos... Y no tengo un manto para cubrirme, ni un hogar para calentarme, ni un pedazo de pan duro para apaciguar mi vientre... ¿Qué quieres que sea de mí? ¿Es preciso, pues, que muera? Mira, esta mañana he andado con un joven señor... Llevaba un gran saco sobre su hombro, y ese saco estaba lleno de oro. Encontrando que su fardo estaba demasiado pesado, me dijo: «Tienes los hombros sólidos y tu espalda está acostumbrada á doblegarse bajo las cargas aplastantes; lleva este oro.» Tropezaba contra las piedras; he caído tres veces... Y el joven señor me golpeaba: «¡Marcha, pues, imbécil!» Se detuvo á orillas del arroyo, en ese paraje donde el agua es negra y sin fondo. «Tengo que divertirme, dijo. Mira, voy á arrojar este oro en el arroyo.» «¡Ay! le dije, puesto que queréis arrojar ese oro en el arroyo, espero que me daréis un poco. ¡Oh! muy poco; sólo para no tener hambre.» Me ha escupido al rostro, me ha echado á pedradas, y luego, tomando el oro á puñados, lo ha arrojado en el arroyo, en ese paraje donde el agua es negra y sin fondo. Después se ha marchado riéndose. Sobre su paso, todos, ricos y pobres, se inclinaban muy bajo, mientras que á mí me golpeaban y perseguían con sus garrotes y sus horquillas. Ved, todo mi cuerpo sangra...

El pasajero.—¿Qué vas á hacer?

El obrero.—Caminaré todavía; todavía llamaré á las puertas de los ricos.

El pasajero.—¿Y si las puertas de los ricos se cierran para ti?

El obrero.—Pediré limosna á los pobres, en las grandes rutas.

El pasajero.—¿Y si no te dan nada?

El obrero.—Me emboscaré en los recodos del camino y mataré.

El pasajero.—Dios te prohíbe matar.

El obrero.—La ley me ordena vivir.

El pasajero.—¡Dios te guarde!

OCTAVIO MIRBEAU

Hojitas católicas

En la *Hojita Catequista* semanal, número 294, editada en Zaragoza, leo lo siguiente:

DE CÓMO ALGUNOS SIRVEN
ANTES AL MUNDO QUE A DIOS

Conversando cierto día el cardenal Newman con un pastor anglicano, amigo suyo, el cual se declaraba convencido de la divinidad de la Iglesia católica, pero no tenía valor suficiente para abjurar del protestantismo, porque esto suponía la pérdida de su posición y de parte de su fortuna, escribió el prelado la palabra Dios en un pedazo de papel, y preguntó a su amigo:

—¿Qué leéis aquí?

—Dios—replicó éste.

—¿Y ahora?—añadió el cardenal colocando una moneda de oro sobre la palabra *Dios*, cubriéndola por completo.

El desgraciado, comprendiendo lo que aquello quería significar, bajó avergonzado la cabeza sin replicar una palabra. Entre la religión católica y él existía un obstáculo, del que no quería desprenderse.

Doy gracias infinitas a la Providencia por haberme hecho nacer en un país católico, donde obispos, canónigos, curas y frailes sienten desprecio tan profundo hacia el vil metal, que se contentan con extraer anualmente del Presupuesto del Estado unos cincuenta millones de pesetas, y de los bolsillos de los fieles unos trescientos.

Me asfixiaría en un país donde el sacerdocio de la religión dominante se desviviera por acaparar todas las monedas en circulación.

Sevillanas

Hace algún tiempo, y en las columnas de este mismo semanario, refiriéndome a la Exposición Hispano Americana que algunos ilusos pretenden celebrar en esta capital, dije: que mientras Sevilla no extirpe de raíz toda la roña clerical que la come, transformando en escuelas, en fábricas, en edificios de utilidad pública el asombroso número de iglesias, conventos y capillas destinadas al culto católico, que a modo de cinturón de hierro aprisionan y ahogan la capital, fracasarán, no sólo la idea de ese descabellado certamen, sino todas cuantas tentativas se hagan al objeto de elevar a Sevilla al rango de ciudad europea.

Desgraciadamente mis augurios se han

confirmado y los hechos han venido a darme la razón.

Tan pronto como el Municipio sevillano, atento a las necesidades del tráfico moderno y a las exigencias de la tan decantada Exposición, pretendió demoler una sola de las capillas destinadas al culto católico, héte aquí a todo el elemento clerical con el arzobispo a la cabeza, protestando ante el Gobierno del atropello que según ellos se trataba de inferir a la Iglesia.

Como resultado de esta protesta, visto que la prohibición del derribo no podía fundarse en motivos serios, por el estado ruinoso de la capilla, ¿qué creen mis lectores que ha hecho el democrático Gobierno de Canalejas para darles por el gusto a la gentuza nea?

¡Declarar de Real orden monumento nacional dicha capilla!...

Después de todo, éste monumento nacional (¡!) no es otra cosa que un caserón en ruinas, sucio y antiestético, como lo son casi todos los destinados de culto, sin mérito artístico de ninguna clase, pese al inteligente (sic) Mattoni, especie de lechuzca clerical y pintor de cámara de la Cartuja.

Consecuencia de todo esto: que los pueblos que contemporizan con la chusma clerical y no han sabido ó no han querido sacudirse a tiempo el sedimento de barbarie que en el transcurso de los siglos, ha ido depositando la iglesia en ellos, están incapacitados para toda obra de progreso y de cultura.

Y que el deber de todo ciudadano honrado es perseguir sin tregua ni descanso todo cuanto huela a fanatismo religioso; desenmascarando a los fariseos que con la religión trafican; acorralándolos en sus guaridas é iluminando sus toscas calabazas con la luz purísima de la verdad.

Todo por y para la mayor gloria de Dios. Amén.

E. GIMENEZ MONROY

9 Septiembre 1912.

Los grandes hombres

Tolstoi, el hombre más grande de Rusia, fué una contradicción viviente.

Un sábado por la tarde hallábase cortando madera en compañía de un pobre aserrador llamado Samene. Llegó un mendigo, y Samene le dió tres kopeks. El conde reflexionó que si un aserrador que apenas tenía media docena de rublos daba tres kopeks, él, cuya fortuna se elevaba a 60.000 rublos en aquel entonces, debía dar algunos miles al mendigo. Pero Tolstoi nunca llevaba dinero consigo.

Al volverse a su casa vino a su memoria la historia de aquel hombre rico a quien Cristo mandó que vendiese todo lo que poseía para aspirar al cielo, pensó que era injusto que él, el apostol del pobre, fuese dueño de una fortuna, y al día siguiente renunció a ella... y la puso a nombre de su mujer. La conciencia estaba salvada. Y la fortuna también.

Desde entonces, siempre que un mendigo se acercaba a Tolstoi, su contestación era la misma:

—Hermano, no poseo nada; todo lo he dado ya.

Bibliografía

De la Casa Editorial F. Sempere y Compañía, de Valencia, recibimos los seis siguientes libros, últimamente publicados.

La mujer jardinero, por Carmen de Burgos (*Colombine*).

Forma parte de la utilísima «Biblioteca para la mujer» y contiene, además del cultivo especial de toda clase de plantas y el modo de tener un jardín en los balcones y las habitaciones, datos muy curiosos.

Cartas sin destinatario, por la misma.

En un viaje de instrucción realizado por la señora de Burgos a Bélgica, Holanda y el Luxemburgo, recogió estas impresiones artísticas, que publica bajo la forma de cartas.

De la vida andaluza (cuentos), por Francisco Salinas Moreno.

Las costumbres típicas de Andalucía, con sus verbenas, sus *pelados de pava* y su ambiente local, las describe el autor con gran colorido y gracejo.

El Molière del siglo XX: Bernard Shaw y su teatro, por A. Hamón.

La labor dramática de Shaw fué objeto de una encarnizada guerra en la Gran Bretaña porque rompía los moldes del teatro tradicional, pero al fin se impuso a fuerza de talento y constancia. El trabajo del insigne Hamón es un estudio analítico del teatro de Shaw.

Desde Barcelona, por Vázquez Yepes.

El autor ha residido una larga temporada en la Ciudad Condal, y fruto de sus estudios es el presente libro, que le acredita de sutil observador y en el que hace gala de su castizo estilo y correcta dicción.

Consejos a los jesuitas, por J. Michelet.—*La corrupción de un confesor*, por Jean Pauper.

La primera de las dos obras no necesita elogios, pues basta decir que es de Michelet. El asunto de la segunda está tomado del célebre proceso instruido en Tolón contra el jesuita Gerard a principios del siglo XVIII por corrupción de menores utilizando el confesonario.

La Casa F. Sempere remite catálogos a quienes se los pida directamente.

La brujería en Barcelona por "Fray Gerundio"

Un nuevo libro y curiosísimo de nuestro asiduo colaborador *Fray Gerundio*, en el que se estudian todas las supersticiones de la ciudad condal, brujerías, hechizos, curanderismo, sortilegios místicos, etc., etc., y se describen los tipos que viven y medran a costa de los incautos. Todos los cuadros y escenas están tomados directamente de la realidad, y su lectura es sumamente sugestiva y amena. Se vende en nuestra Administración. 1 peseta un volumen de más de 200 páginas. Por 1'25 se remite certificado a provincias.

Los Papas

POR
ROBERTO ROBERT

«tánea ó sucesivamente, ya dentro ya fuera de su convento, pagará 131 libras 15 sueldos.»

Atienda aquí el profano, y vea cómo para el Papa Juan XXII, autoridad irrecusable, tanto cuesta ganar una abadía feménil después del fornicio al por mayor, como ganar el cielo después de la bestialidad.

¡Qué de ensayos prácticos, qué de profundos estudios, qué de exámenes no supone el haber encontrado esa doble equivalencia de las 131 libras 15 sueldos!

¡Y dicen que los Papas no pensaban más que en sus placeres, cuando se ve patentemente lo mucho que estudiaban los ajenos!

«Los sacerdotes que quisieren vivir en concubinato con sus parientas, pagarán 76 libras y 1 sueldo.»

¡Ese sueldo! ese sueldo es una cantidad tan elocuente aquí como despreciable á primera vista.

Un príncipe mundano y frívolo habría fijado para ese concubinato una cantidad en números redondos, á ojo de buen cubero; esto es lo cierto; pero el Pontífice, procediendo con nimia escrupulosidad, se conoce que lo meditó, lo pesó, lo alambicó, lo redujo á términos exactos, vió que le resultaba el pico de un sueldo, y con religiosa exactitud lo puso en la tarifa.

¡Gloria eterna!... pero prosigamos.

«Para todo pecado de lujuria cometido por un laico, la absolución costará 27 libras 1 sueldo; para los incestos se añadirán en conciencia 4 libras.»

¿Pero á qué detenernos en vanas consideraciones que el lector discreto sabrá hacer tan bien como nosotros?

Copiemos, copiemos solo el arancel, que él por sí mismo demuestra mucho más de lo que podría decir nuestra tosca pluma.

«La mujer adúltera que pida absolución para estar libre de todo proceso y tener amplias dispensas para proseguir en sus relaciones ilícitas, pagará al Papa 87 libras 3 sueldos. En caso igual, el marido pagará igual suma; si hubieren cometido incesto con sus hijos, añadirán en conciencia 6 libras.»

«La absolución y la seguridad de no ser perseguidos por los crímenes de rapina, robo ó incendio, costará á los culpables 131 libras 7 sueldos.»

«La absolución del simple asesinato cometido en la persona de un laico se fija en 15 libras, 4 sueldos, 3 dineros.»

«Si el asesino hubiese dado muerte á dos ó más hombres en un mismo día, pagará como si hubiera asesinado á uno solo.»

«El marido que diese malos tratamientos á su mujer pagará en las cajas de la chancillería 3 libras 4 sueldos; si la matase, pagará 17 libras 15 sueldos, y si la hubiera muerto para casarse con otra, pagará además 32 libras 9 sueldos.»

«Los que hubieren auxiliado al marido á cometer el crimen, serán absueltos mediante el pago de 2 libras por cabeza.»

«El que ahogare á un hijo suyo pagará 17 libras 15 sueldos (dos libras más que por matar á un desconocido) y si lo mataren el padre y la madre con mutuo consentimiento, pagarán 27 libras y un sueldo por la absolución.»

«La mujer que destruyese á su propio hijo llevándole en el seno, y el padre que hubiese contribuido á la perpetración de ese crimen, pagarán 17 libras 15 sueldos cada uno.»

«El que facilitare el aborto de una criatura que no fuere su hijo, pagará una libra menos.»

«Por el asesinato de un hermano, una hermana, una madre ó un padre, se pagarán 17 libras 15 sueldos.»

«El que matare á un obispo ó prelado de gerarquía superior, pagará 131 libras 14 sueldos 6 dineros.»

Si el matador hubiere dado muerte á muchos sacerdotes en varias ocasiones, pagará 137 libras 6 sueldos por el primer asesinato, y la mitad por los siguientes.

«El obispo ó abad que cometiere homicidio por emboscada, por accidente, ó por necesidad, pagará por alcanzar la absolución 179 libras 14 sueldos.»

«El que por anticipado quisiera comprar la absolución de todo homicidio accidental que pudiese cometer en lo venidero, pagará 168 libras 15 sueldos.»

«El hereje que se convirtiere, pagará por su absolución 269 libras. El hijo del hereje quemado ó ahorcado, ó ajusticiado en otra forma cualquiera, no podrá rehabilitarse sino mediante el pago de 218 libras 16 sueldos 9 dineros.»

«El eclesiástico que no pudiendo pagar sus deudas quisiera librarse de ser procesado por sus acreedores, entregará al Pontífice 17 libras 8 sueldos 6 dineros, y le será perdonada la deuda.»

«La licencia para poner puestos de venta de varios géneros bajo el pórtico de las iglesias, será concedida mediante el pago de 45 libras 19 sueldos 3 dineros.»

«El delito de contrabando y defraudación de los derechos del príncipe, costará 87 libras 3 dineros.»

«La ciudad que quisiere alcanzar para sus habitantes, ó bien para sus sacerdotes, frailes ó monjas, licencia para comer carne y lacticios en las épocas en que está prohibido, pagará 731 libras 10 sueldos.»

«El monasterio que quisiere variar de regla y vivir en mayor abstinencia que la que le estaba prescrita, pagará 146 libras 5 sueldos.»

«El fraile que por virtud quisiera pasar la vida en una ermita, entregará al tesoro pontificio 45 libras 19 sueldos.»

«El apóstata vagabundo que quisiera volver al redil, pagará igual cantidad por la absolución.»

«Igual cantidad pagarán los religiosos así seculares como regulares que quisieren viajar en traje de laico.»

«El hijo bastardo de un cura que quiera ser preferido para desempeñar el curato de su padre, pagará 27 libras y 1 sueldo.»

«El bastardo que quisiera recibir órdenes sagradas y gozar beneficios, pagará 15 libras, 18 sueldos, 6 dineros.»

«El hijo de padres incógnitos que quiera entrar en las órdenes, pagará al tesoro pontificio 27 libras 1 sueldo.»

«Los laicos, contrahechos ó deformes que quieran recibir órdenes sagradas y poseer beneficios, pagarán á la caucillería apostólica 58 libras 2 sueldos.»

«Igual suma pagará el tuerto del ojo derecho; mas el tuerto del ojo izquierdo, pagará al Papa 106 libras 7 sueldos.»

«Los bízcos pagarán 45 libras 3 sueldos.»

«Los eunucos que quisieran entrar en las órdenes, pagarán la cantidad de 300 libras 15 sueldos.»

«El que por simonía quisiera adquirir

(Continuad.)

Imp. de Domingo Blanco, Libertad, 81.—Madrid.